

**ENTRE ARCHIVOS: LA COLECCIÓN RAMAL Y LA HISTORIA DE LOS
ANARQUISMOS EN COLOMBIA (1850-1950)**

Maura Sofía Bello Giraldo

Director:

Amadeo Clavijo Ramírez

UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL

DEPARTAMENTO

PEDAGOGÍAS DE LAS DIFERENCIAS Y EDUCACIÓN EN LOS TERRITORIOS

Trabajo de grado para optar por el título de

Licenciada en Educación Comunitaria con énfasis en Derechos Humanos

Bogotá D.C

Junio de 2026

Contenido

Introducción	6
Capítulo 1. LA INCOMODIDAD DE LA LIBERTAD.....	23
Capítulo 2. ENTRE LA CHISPA Y EL INCENDIO.....	36
2.1. Tres veces la aurora.....	39
2.2. Los comienzos de la memoria organizativa.....	45
Capítulo 3. ¡CAMARADAS A LAS ARMAS!.....	54
3.1. Vivir como acción directa.....	66
3.2. Entre una cerveza al clima y dos frías.....	73
3.3. Vientos de libertad.....	77
Capítulo 4. CUANDO EL RUMOR SE CONVIERTE EN INFORMACIÓN.....	82
Capítulo 5. APRENDER A DESOBEDECER.....	94
Bibliografía.....	103
Tabla de Figuras.....	106

RESUMEN

Este trabajo monográfico es el resultado del dialogo y elaboración de discusiones alrededor de la historia de los anarquismos en Colombia con base en la Colección Ramal, adelantada por la editorial Valija de Fuego, que pone en la mesa los vacíos y las formas de marginalización de discursos anarquistas en el país por parte de la historia oficial, en un intento por invisibilizar las luchas anarquistas y anarcosindicalistas de personas y personajes históricos del mismo. Se hace una lectura juiciosa de la colección y se enfrenta con los discursos oficiales a cerca de las luchas políticas y sociales que se han adelantado en el territorio. Se conoce la colección la vida y la insumisión de quienes desarrollan la misma, para elaborar una relación vital con sus ideas revolucionarias y el trabajo de archivo que emerge como un concepto crucial, despojado de la sencillez metodológica, para transformarse en una bandera de combate para construir nuevos debates y discusiones para los relatos oficiales, para así desde la memoria larga, realizar un ejercicio de reivindicación y resignificación de las construcciones populares, subalternas, e históricamente relegadas a ensoñaciones de un país de ideas insubordinadas.

Palabras clave

Anarquismo, anarcosindicalismo, trabajo de archivo, memoria larga, Colección Ramal, insumisión, historia oficial

Abstract

This monographic work is the result of dialogue and the development of discussions around the history of anarchisms in Colombia based on the Ramal Collection, carried out by the Valija de Fuego publishing house, which brings to the table the gaps and forms of

marginalization of anarchist discourses in the country by the official history, in an attempt to make invisible the anarchist and anarcho-syndicalist struggles of people and historical figures of the same. A careful reading of the collection is made and it is confronted with the official discourses about the political and social struggles that have taken place in the territory. The collection, the life, and the insubordination of those who develop it are known, in order to elaborate a vital relationship with their revolutionary ideas and the archival work that emerges as a crucial concept, stripped of methodological simplicity, to transform into a battle flag to build new debates and discussions for official narratives, so that from long memory, a practice of vindication and re-signification of popular, subordinate, and historically relegated constructions to dreams of a country of insubordinate ideas can be carried out.

Keywords

Anarchism, anarcho-syndicalism, archival work, long memory, Ramal Collection, insubordination, official history

Agradecimientos

Gracias a la Valija, a Marco y Omar por regalarme de su tiempo, su espacio y su palabra.

Gracias a Amadeo por su compañía, su apañe y por poner su vida en la educación.

Gracias a mi familia y las amistades por el sostén, el cariño y por salvarme.

Gracias al amor y a la tristeza por sostener la vida.

Gracias a mis gatos, que los amo con el alma. A Haku a Nami y Cuba

Introducción

“Creo que estamos escribiéndole al futuro... estamos construyendo algo
para el tiempo...”

(Amadeo Clavijo, Comunicación personal, marzo 2026)

Este texto es el resultado de mi devaneo alrededor de la historia de los anarquismos en Colombia, trabajo posible a partir del hilo que me brindó la *Colección Ramal* lanzada por la librería y editorial *La valija de fuego* razón por la cual esta investigación se moviliza entre las discontinuidades del tiempo histórico y centra su atención en las primeras décadas del siglo XX, pues caprichosamente y amañera de serie de plataforma, la Colección Ramal inicia por la mitad de la historia y entrega hasta el momento cuatro textos¹ sobre esta época y otro más en fase final de escritura², para luego - siguiendo con el símil- en un mediano tiempo hará entrega de su "precuela" la cual está en fase final de revisión de archivos y aunque aún no tiene título, le nombran como la génesis de los Anarquismos en Colombia: 1850 - 1900. ¿Habrá una entrega posterior que date los momentos entre 1930 a 1950? muy posiblemente sí y cometiendo infidencia autorizada, ese texto al parecer estará escrito antes que la "génesis", alrededor de un personaje llamado Juan de Dios Romero, quien a manera de bisagra abrirá una nueva ventana investigativa.

Sin embargo, lo que entretejo aquí no se limita a aquello que se presenta o se dice en los libros de la colección, pues estos son apenas una de las herramientas con las que tejer esta historia.

¹ Los libros ya publicados son: *Amante de la Vida y destructor de todo* (2022) Blanca de Moncaleano y el triunfo de la Anarquía (2022) Expediente N°8 Juan Francisco Moncaleano: Anarquista Indomable (2023) No necesito ninguna revolución esperándome: Anarquistas Extranjeros en Colombia (2024)

² Se trata de la segunda parte sobre Blanca de Moncaleano, pero en esta oportunidad se recupera su Apellido de cuna: Blanca Lawson. Aún no tiene título. Pero aparecerá publicado a finales de este 2026.

En cambio, lo que intento mostrar acá son los enredos, continuidades e intermitencias de los hilos de historias, afectos e ideas que han construido el anarquismo en Colombia y aún hoy lo mantienen vivo como práctica militante.

Al igual que en la experiencia anarquista los afectos y la ayuda mutua son el fundamento práctico en el horizonte de la emancipación, en este caso, las puntadas de mis agujas fueron un diálogo constante, una danza guiada y acompañada por la presencia invaluable y el apoyo sostenido de Amadeo, Omar y Marco, quienes son los creadores y gestores de la colección. Ellos no solo hicieron posible este proyecto sino también la presente investigación. A ellos tres agradezco profundamente, pues su contribución va mucho más allá de la simple colaboración; es la esencia viva que nutre la reflexión que materializo en este texto que la acompaña.

Su lugar en el tejido de lo que aquí escribo no es circunstancial o prescindible, pues sus vidas, sus trayectorias políticas y su trabajo de archivo, son un relato vivo de la práctica militante anarquista; una manifestación del pasado vivo, de la memoria larga. Sus sensibilidades e intuiciones particulares nos permiten atisbar en la carne palpitante y actual, la manera en la que el rechazo a toda forma de autoridad y de opresión, así como el reclamo por una vida digna, toman forma y se organizan bajo el nombre de anarquismo.

Por eso no me preocupo por las definiciones, porque el anarquismo en Colombia no se ha constituido como un edificio teórico implacable o una práctica acabada, definida y clausurada. Bajo su nombre se abrigan prácticas de lo más diversas que convergen en cuanto maneras de responder al abuso de las jerarquías y a la precariedad de la dominación.

Estas prácticas, tal como han tenido lugar en el territorio nacional, se gestaron al calor de acciones individuales muchas veces espontáneas sin obedecer a plataformas políticas o de partido, las cuales fueron ganando en organización y colectivización con el pasar del tiempo: Ejemplo de

ello son actividades adelantadas por Juan de Dios Romero, Raúl Eduardo Mahecha y el mismo Biófilo Panclasta personajes que fueron emergiendo en el proceso revolucionario sin ser parte de partido u organización inicialmente y poco a poco se fueron colectivizando hasta conformar organización o colaborar con organizaciones que comprendieron sus individualidades.

Interpelando la *Colección Ramal*, esta nos revela cómo en sus albores, el pensamiento libertario en Colombia encontró primero su materialización en figuras errantes, en individuos rebeldes con la sagacidad de quien sabe que rechazar las jerarquías es la forma de vivir dignamente. El anarquismo fue así el aliento de los cuerpos que padecían las injusticias y decidían transformar su vaho en chispa para labrar mundos distintos a través del apoyo mutuo, el rechazo a la autoridad y la defensa de la vida.

Muchos de estos errantes, fugitivos e insurrectos que encarnaron la chispa en sus ideas no encuentran su raíz en el continente americano, sino que navegan desde el viejo continente de manera fragmentaria, extraña e impropia; sus historias y sus cuerpos están marcados por las torturas y condenas de quien sostiene ideas liberadoras. Aunque su origen estaba en otras latitudes, no hizo falta demasiado tiempo para que aquello que venía de otro continente agitara la región subtropical latinoamericana.

A pesar de la incesante persecución, más pronto que tarde estas chispas encontraron vientos favorables para prender en llamas el campo de la inconformidad social y de la lucha contra la precariedad. Así, empezó a arder con más fuerza el rechazo contra la oligarquía nacional, el despojo y la falta de derechos. Lo que en un principio había sido el aliento de unos pocos vagabundos, poco a poco fue encontrando lugar entre las bocas de los oprimidos en todo el territorio nacional.

En sus primeros despertares el anarquismo encontró su cauce en las incipientes luchas sindicales, pero su naturaleza revolucionaria lo llevó a estar presente en reivindicaciones de todo tipo libradas en la república: luchas por la tierra, por los derechos de las comunidades, contra la represión y la violencia. Se adhirió y fortaleció a diversas reivindicaciones; porque el pensamiento libertario no se agotaba en sus consignas, sino que apareció como una oportunidad para que los oprimidos se encontraran en la aspiración común de construir una sociedad basada en la ayuda mutua, la solidaridad y la libertad, abriendo un horizonte de posibilidad para la transformación radical de las estructuras sociales.

Aunque la llegada del pensamiento libertario al país fue crucial para las formas de resistencia y organización en el territorio nacional, en las investigaciones históricas respecto del movimiento obrero en las primeras décadas del siglo XX, que provengan de las posturas anarquistas o libertarias, para la historia oficial son apenas un relato disuelto, casi desvanecido, como quien escribe una nota descuidada al margen de la página.

Caso concreto ocurre con el libro *Historia de las ideas liberales en Colombia* de Miguel Urrutia Montoya, en donde las referencias a las ideas anarquistas no pasan de ser consideradas de corta duración y coyunturales, igualmente sucede con posturas de historias de la izquierda oficial en Colombia. En el texto, *Los Inconformes: Historia de la Rebeldía de masas en Colombia* (1974) de Ignacio Torres Giraldo, la utilización del mote Anarco liberal es un lugar común para minimizar las acciones del anarcosindicalismo en la organización obrera de la década del 20 al 30 del siglo pasado, sin embargo vale destacar que en el caso de Raúl Eduardo Mahecha lo describe como un "(...) espontáneo en todo, un Anarquista en esencia" (Gómez, 1980, p. 85), criticando su postura poco disciplinada en el momento de la acción política pero reconociendo sus características de liderazgo. Caso similar sucede con el historiador Gerardo Molina en su libro *Breviario de ideas*

políticas (1986). Caso extremo están las investigaciones que sobre el mismo periodo hacen historiadores pertenecientes al partido conservador ejemplo Luis Martínez Delgado, quien desde la academia colombiana de historia coordino y revisó la publicación enciclopédica titulada Historia extensa de Colombia (1965) omitiendo o marginalizando la participación anarquista y anarcosindicalista de la historia de Colombia. Para subsanar este "olvido", años después desde el manual de historia de Colombia (1979), su director y coordinador el historiador Jaime Jaramillo Uribe, desde la perspectiva de la nueva historia de Colombia, invita a autores como el caso del ya mencionado Miguel Urrutia Montoya para tratar este asunto.

Tuvieron que pasar varias décadas para que los temas del anarquismo y el anarco sindicalismo en Colombia ingresara a la palestra de la historiografía colombiana desde la perspectiva de autores pertenecientes a esta vertiente de pensamiento... ¿sesgo histórico? seguramente la historia lo clarificara en su momento.

Haciendo síntesis, en ese orden de ideas tenemos que, aunque las primeras manifestaciones del pensamiento anarquista en Colombia pueden rastrearse hacia mediados del siglo XIX, su reconstrucción historiográfica inicia de manera tardía frente a otros contextos latinoamericanos y comienza a consolidarse apenas hace cerca de cuatro décadas. Los primeros esfuerzos investigativos estuvieron orientados principalmente a demostrar la existencia del anarquismo en el país y a recuperar su participación dentro de los movimientos obreros y sindicales desarrollados durante las primeras décadas del siglo XX.

En este sentido, trabajos pioneros como "Anarquismo y Anarcosindicalismo en América Latina" de Alfredo Gómez Muller (1980) inicia un periodo de sistematicidad investigativa sobre temas de Anarquismo y Anarcosindicalismo en Colombia, pues por primera vez, en los trabajos sobre Anarquismo en América Latina, se incluye una extensa reflexión sobre nuestro país. Hacia

finales de 1980 e inicios de la década de los noventa, se escriben dos trabajos, el primero titulado “Participación del anarquismo y del anarcosindicalismo en las organizaciones y luchas obreras en Colombia durante la década de los veinte” de Juan Carlos Gamboa Martínez y Amadeo Clavijo Ramírez (1988- Trabajo de pregrado de la Licenciatura en Ciencias Sociales -UPN); y el segundo “Orígenes de la presencia del Anarquismo en el movimiento obrero en Colombia 1920 – 1930” el cual es un resumen del anterior y constituye el primer capítulo del libro “Biófilo Panclasta el eterno prisionero: Aventuras y Desventuras de un Anarquista Colombiano” (1992). Estos trabajos inauguraron un campo de estudio centrado en recuperar experiencias organizativas, actores políticos y procesos históricos que durante largos periodos permanecieron relegados o escasamente registrados dentro de las narrativas históricas dominantes.

Seguidamente, uno de los pensadores e historiadores del Anarquismo en América Latina, Miguel Ángel Cappelletti, publica el texto “El Anarquismo en Colombia” (1994) e iniciando el siglo XXI Luis Alfonso Fajardo Sánchez publica en España el libro “Una historia del Anarquismo en Colombia: crónicas de utopía” (2000), en donde recoge la experiencia y producción del colectivo estudiantil Anarquista Alas de Xué, desde su fundación en 1987 hasta su disolución en 1998.

Los estudios posteriores ampliaron progresivamente los objetos de investigación inaugurando una época de mayor sostenibilidad en el interés académico sobre los Anarquismos en Colombia, destacamos los siguientes trabajos: Sergio Cáceres Sánchez (2011) Estrella Fugaz: El caso de la liga de inquilinos de Barranquilla en 1923. Trabajo de grado. Departamento de Historia. Universidad de los Andes; Aura Sofía López (2013), Contribuciones para una historia del Anarquismo en Colombia (1974-2005), Trabajo de grado, Departamento de Historia, Universidad Nacional de Colombia; David Sánchez Platero (2015) Anarquistas, mercachifles y viajeros: el caso

de Filipo Colombo y Juan García. Tesis de grado. Departamento de Historia. Universidad de los Andes; Sergio Esteban Segura Guiza (2018), Organización Juvenil y experiencias Libertarias en Bogotá, Tesis de Maestría en estudios Sociales, Universidad Pedagógica Nacional; y, Julián David Granados Sanabria (2022), Anarquistas Río arriba: Anarcosindicalismo y cuestionamientos al orden 1923-1927. Trabajo de grado, Escuela de estudios sociales, Universidad del Rosario.³ Estos trabajos de pregrado, en programas de historia y de estudios sociales, expresan un interés académico, desde las universidades, en un campo de estudio que por décadas estuvo silenciado en el campo de las ciencias sociales y la historia. En ellos, se recuperan experiencias organizativas y de lucha anarquistas, así como de algunos de sus exponentes.

Paralelamente, proyectos editoriales e investigativos independientes han contribuido a ampliar el acervo documental disponible y a recuperar experiencias que permanecían dispersas o invisibilizadas. Aquí es importante resaltar los trabajos desarrollados por el Colectivo Centro de Investigación Libertaria y Educación Popular (CILEP)⁴, con la publicación del libro “Pasado y Presente del Anarquismo y del Anarcosindicalismo en Colombia” (2011). En dónde reúne una serie de ensayos en tal perspectiva dando a conocer nuevos investigadores en el tema.⁵

Inaugurando la presente década, el proyecto editorial de la librería la Valija de fuego, lanza la Colección Ramal consolidando hasta el momento las publicaciones anteriormente descritas (Ver nota al pie N°1.) Estos trabajos orientan sus esfuerzos hacia la reconstrucción de trayectorias políticas, experiencias organizativas y actores históricamente marginados dentro de los relatos convencionales y más de limitarse a una labor descriptiva, han abierto preguntas sobre las formas

³ Este trabajo de grado fue publicado por la Universidad del Rosario en 2024, con el nombre de: ANARQUISTAS SOBRE EL RÍO MAGDALENA: Anarcosindicalismo y cuestionamientos al orden, 1923-1927

⁴ CILEP: Colectivo dedicado a procesos de investigación, formación política y producción editorial desde perspectivas libertarias y de educación popular, con énfasis en la recuperación histórica y la construcción de espacios pedagógicos.

⁵ Estos párrafos son una Síntesis autorizada del texto *Balance bibliográfico de la producción historiográfica de los Anarquismos en Colombia*. Documento Interno de trabajo (en borrador). Colección Ramal - La valija de Fuego. (2024). Notas al pie son más

en que determinadas experiencias políticas entran o quedan excluidas de los procesos de construcción histórica.

Actualmente este campo parece encontrarse en un momento de especial productividad investigativa; a las preocupaciones historiográficas iniciales se han sumado preguntas relacionadas con dimensiones pedagógicas, culturales y formativas, permitiendo comprender los anarquismos no solamente como experiencias políticas organizativas, sino también como espacios de producción de sentidos, educación y construcción colectiva de memoria.

Así estos espacios tal vez tardíos, traducidos en ausencias y silencios sobre el pasado, no significan que no exista nada -después de todo el anarquismo pervive hasta hoy-. Su recién posicionamiento habla más bien sobre la manera en que la investigación histórica y el trabajo de archivo han sido cómplices de la oligarquía y las clases dominantes; sobre cómo las reivindicaciones por la vida, las luchas sociales, y particularmente el pensamiento libertario, han sido perseguidos y eliminados.

Por eso creo que es vital rastrear de cerca los hilos de estos aparentes descuidos, de estas ausencias intencionales, pues es fundamental dar con la voz que había sido amordazada para permitir que esta nos narre la historia del anarquismo en Colombia. Hacer una investigación de archivo para mantener la memoria viva no es accesorio en el caso del pensamiento libertario en el país, sino una forma fundamental para mantener la lucha viva. Solo contando con los hilos que vienen del pasado podemos entender sus cruces, enredos, trenzados que nos atraviesan en el presente, que se interceptan o se rompen en las prácticas militantes actuales.

Esto se descubre todavía más urgente cuando en este ejercicio de reconocimiento nos encontramos con que las formas de opresión a las que nos enfrentamos hoy, no son novedosas o excepcionales, sino un facsímil de la política anti insurgente que constituye el Estado desde el

nacimiento de la república. La persecución, amedrentamiento y demás vejaciones a la que se enfrentaron los primeros militantes anarquistas se mantienen aún a día de hoy precisamente como la manifestación de una historia que no acaba, pero tampoco comienza. A estos mismos agravios con el destino puesto en exilio, el encarcelamiento y la muerte, se siguen enfrentando todavía hoy quienes ofrecen resistencia a las estructuras opresivas del Estado, la iglesia y la familia; quienes creen en el poder de la gestión autónoma sin estructuras verticales como garantía de la preeminencia de la vida.

Sin embargo, como ejercicio de memoria histórica, es importante poner bajo el foco que las estructuras sociales de dominación y su cristalización en instituciones contemporáneas son apenas la continuidad de las relaciones coloniales que le precedieron al período republicano. La herencia colonial no es un mero antecedente; es una matriz fundacional que sigue operando en la contemporaneidad. Antes del proceso de independencia y la subsiguiente declaración de la república, durante aproximadamente 300 años en lo que ahora llamamos Colombia (Antes el Virreinato de la Nueva Granada), se establecieron relaciones de explotación de todo tipo: procesos de evangelización de la población indígena, rampante racismo expresado en la división de castas, desarraigo de la tierra y apropiación del trabajo a través de relaciones serviles. Estas formas de explotación configuraron relaciones sociales, económicas y culturales que sostenemos a día de hoy y explican las profundas desigualdades en el país.

En primer lugar, debe recordarse que en el territorio actual de Colombia el mestizaje, con diferencias regionales desde luego, se dio con cierta celeridad. El proceso fue facilitado por la relativa poca densidad demográfica y cultural de sus poblaciones prehispánicas, o si se quiere, por la rapidez con que fueron destruidas o dominadas. Un hecho muy característico de la historia social del Nuevo Reino es que a fines del siglo

XVIII las lenguas indígenas habían prácticamente desaparecido en la región central del territorio, inclusive la del más denso de los grupos, el chibcha. Para esa fecha puede considerarse que la población indígena subsistente hablaba el español y practicaba la religión católica -hacemos abstracción por lo pronto del grado de autenticidad y profundidad de su práctica religiosa- o como se decía entonces, era población "ladina". Ya desde mediados del siglo XVII los visitantes reales no necesitaban intérpretes-"lengua" en la jerga administrativa colonial- al menos en las regiones más pobladas del reino y cuando en 1783 se ordenó desde Madrid eliminar la enseñanza de la lengua muisca en Santa Fe (Jaramillo, 1963, p. 25).

Estas continuidades históricas no son meros ecos del pasado sino cimientos persistentes de la estructura de poder actual. Por esa razón, me interesa rastrear en la *Colección Ramal* sus manifestaciones de indocilidad a la opresión sistémica y el sostenimiento inquebrantable de estas estructuras coloniales que garantizan y posibilitan el desarraigo, la explotación laboral y la vida precaria para la mayoría. Porque frente a estas circunstancias latentes en nuestra historia nacional, es seguro afirmar que la insurrección ha encontrado caminos y formas diversas, sinuosas y espontáneas. Formas que valdría la pena revisar para seguir desafiando el orden de cosas a día de hoy.

Cuando escuchamos hablar de la historia del anarquismo en Colombia constantemente nos encontramos con figuras heroicas, resistentes e inquebrantables. Con hombres y mujeres que con mucha frecuencia dieron su vida por defender los ideales de libertad y autonomía luchando junto a sus hermanos y hermanas en otros países, buscando la liberación de pueblos enteros. Pero la historia del anarquismo no puede ser de ninguna manera una galería de nombres, lo fundamental

son las acciones, los sacrificios y los manifiestos que han cimentado una tradición de lucha indómita.

Estas narraciones son decisivas. Las imágenes épicas encarnadas en las figuras de Bakunin, Proudhon,⁶ Moncaleano y Panclasta agitan los corazones cansados de los explotados y los llevan a organizarse, a levantarse por su emancipación. Desde la barricada hasta el panfleto clandestino, el legado de los anarquistas resuena como un llamado constante a la acción directa y a la desobediencia civil a través del mundo.

De hecho, en mi aproximación a la *Colección Ramal*⁷, mi expectativa inicial se centraba en desentrañar y revelar el potencial agitador intrínseco a las figuras que allí se congregaban. No buscaba meros nombres o anécdotas aisladas, sino la confirmación palpable de su importancia y presencia histórica como elementos que hicieron parte de innumerables luchas sociales y movimientos de resistencia. Así, mi interés, más que reposar en la acumulación de narraciones precisas y exhaustivas o en los gélidos datos numéricos, se dirigió hacia una dimensión más profunda y vibrante. Quería conocer hasta casi sentir el calor que portaban los cuerpos de estos revolucionarios, poder desentrañar la potencia cultural y simbólica de su imagen. Esto fue, en definitiva, lo que hallé en mi indagación por los archivos de la en la colección⁸.

⁶ Mijaíl Bakunin y Pierre Joseph Proudhon, son pensadores anarquistas y pueden considerarse junto con Piotr Kropotkin, Enrico Malatesta y Anselmo Lorenzo entre otros, los precursores del anarquismo moderno en Europa.

⁷ Los archivos de La Colección Ramal se han construido y se ha desarrollado a partir de las búsquedas hechas en los archivos institucionales como el Archivo general de la Nación, hemerotecas de la Biblioteca Nacional y Luis Ángel Arango, Archivo histórico de Medellín, Centro de Investigaciones Históricas “José María Arboleda Llorente” de la Universidad del Cauca, Archivo digital Orlando Fals Borda (Universidad Nacional de Bogotá y Biblioteca Luis Ángel Arango de Montería); un acervo documental histórico recuperado que contiene fuentes primarias y secundarias, todas ellas relacionadas con los Anarquismos en Colombia. Fuentes en su mayoría inéditas que corresponden a fotografías, periódicos y libros, algunos están en físico, otros digitalizados y una larga lista de fuentes a revisar con ubicación física y nomenclatura en donde se encuentran. Otra parte del archivo son colecciones privadas de sus gestores, y colaboradores (como el caso del archivo Moncaleano-Lawson en Estados Unidos). Estos documentos se dan a conocer a medida que se construyen sus publicaciones.

⁸ Pese a la disponibilidad de Omar, Marco y Amadeo de permitirme ojear los archivos de la colección, tuve la limitación en publicar en este trabajo los documentos que están trabajando o que se encuentran en lista de espera, ello obedece a que son documentos inéditos aún y solo ellos saben de su localización. Son acervos que están en archivos

Sin embargo, una mirada al archivo histórico nos lleva a un redescubrimiento de estas grandes figuras como cuerpos reales, padecientes y sufrientes, muchas veces hasta enfermos -como el caso de Panclasta-. Creo que este descubrimiento, lejos de empequeñecer la gran figura de estos pensadores insurrectos, la refuerzan y la renuevan de vitalidad. Con mucha frecuencia, al pensar en revoluciones o revolucionarios, insurgentes ácratas o comunistas, nuestra mente trae al frente figuras profundamente excepcionales y las pone a una distancia insondable. Pero la humanización de estos insurrectos, posibilitada por la investigación histórica, nos permite acercarnos a ellas y ellos hasta casi sentir el calor de su piel, y así comprenderlos humanos, cercanos, camaradas.

Es en este momento preciso y crucial del trabajo investigativo donde se abre la posibilidad, metodológica y política, para que la puntada de mi aguja pueda urdir y entrelazar las historias militantes recogidas en la *Colección Ramal*, con las militancias de quienes la gestaron y la hicieron posible: Amadeo, Omar y Marco. Porque es precisamente a partir de la comprensión humana, profunda y visceral de la biografía política y afectiva de quienes han sido figuras prominentes en el anarquismo colombiano, que se encuentra la clave para seguir el hilo del anarquismo en Colombia desde su raíz hasta el día de hoy.

Las intuiciones, preocupaciones y sensibilidades de Amadeo, Omar y Marco, aunque distintas entre sí, convergen en el punto crítico de creer que los principios éticos de autonomía, rechazo a la autoridad y ayuda mutua configuran el horizonte político de una utopía realizable. Estos militantes, cada uno desde su trinchera y con herramientas conceptuales variadas, llegaron a una conclusión fundamentalmente compartida: que una sociedad verdaderamente justa y libre sólo puede edificarse sobre la negación del poder jerárquico y la afirmación de la cooperación voluntaria y horizontal.

públicos y pueden ser localizados por cualquier investigador, lo que sucede es que no todos revisan con la misma lente y los archivos tienen eso: que se revelan según los ojos con los que se le mire.

Aunque con decenios de diferencia y en circunstancias históricas suficientemente distintas, las mismas profundas convicciones ideológicas y la inquebrantable dedicación a la causa de la transformación social nos llevan a afirmar la camaradería entre Amadeo, Omar y Marco; nos permiten descubrir el hilo histórico que une a estos militantes contemporáneos con los camaradas que traen a la vida y documentan en su lucha a través de la investigación materializada en la *Colección Ramal*.

Muy por el contrario, no parece extraño afirmar que estamos viviendo una reconfiguración e intensificación de la dominación que se ha adaptado a nuevas dinámicas globales y locales, infiltrándose en los intersticios de la vida cotidiana y reproduciendo ciclos de precariedad cada vez más amplios y profundos. Estamos viviendo un momento histórico profundamente convulso y aterrador, una encrucijada civilizatoria que se siente al borde del colapso. La crisis climática ha dejado de ser una amenaza futura para convertirse en una realidad palpable, mientras el imperialismo estadounidense, en su afán de hacerse con las esferas de influencia y llenar las arcas de su élite, emprende y alimenta guerras que no parecen tener cerca su final.

Pero son precisamente estos momentos de quiebre histórico -en los que hay semanas en las que pasan décadas históricas-, los que aparecen como destellos, como un relámpago que ilumina repentinamente la densa oscuridad de la historia y nos invita a posar la mirada en el pasado. Son los momentos en los que el panorama político y social convulso y urgente, permite abrir la posibilidad de hacer un ejercicio de rememoración crítica de la historia para ver a los ojos a quienes han sostenido en nuestra historia las luchas incansables contra la opresión.

De manera que mi propósito en la presente investigación es establecer la importancia de la recuperación histórica de las experiencias y aportes teóricos de los militantes anarquistas en Colombia entre 1850 y 1950 para la militancia anarquista contemporánea. Para esto me encargo

de explorar el trabajo de archivo realizado por la *Colección Ramal*, que recoge la vida de varios militantes anarquistas entre ellos: Biófilo Panclasta, Blanca y Juan Francisco Moncaleano y Evangelista Priftis, a lo largo de cuatro libros, al tiempo que recorro a la entrevista como instrumento de investigación que me permite conocer las experiencias militantes de Marco, Omar y Amadeo. En ese sentido, con esta exploración tengo la intención de registrar y poner en diálogo las vidas de estos tres militantes, cuyas vidas han sido ligadas por el pensamiento y la práctica anarquista, al mismo tiempo comprender cómo se construyen prácticas de resistencia mediante el trabajo de archivo desde la resignificación de la memoria histórica del anarquismo del país. Además, busco reconocer el trabajo pedagógico de la *Colección Ramal* sobre la descentralización y la apertura del nicho anarquista.

El aporte de la reconstrucción de la memoria no se entiende aquí como un ejercicio accesorio ni como una mirada retrospectiva sobre “lo que pasó”, sino como una práctica que incide directamente en la manera en que se forman sujetos, se construyen comunidades y se disputan sentidos en el territorio. En el caso de los anarquismos y de los archivos que los recuperan, lo que está en juego no es solo la historia de un movimiento político, sino las formas en que esa historia se convierte en herramienta pedagógica y en recurso para la acción colectiva.

En las prácticas de educación comunitaria, este tipo de trabajo con la memoria permite algo concreto: desplazar la idea de que el conocimiento solo se produce en la academia o en las instituciones formales, y reconocer que también se produce en los barrios, en los colectivos, en las organizaciones sociales y en los espacios de formación autónoma. La reconstrucción de experiencias históricas —sus luchas, sus tensiones, sus silencios— se vuelve un insumo para pensar la educación como un proceso situado, donde el aprendizaje no es abstracto sino anclado a experiencias reales de organización, conflicto y resistencia.

Desde ahí, el vínculo con las disputas por los derechos de todas y todos no se trata únicamente de una lectura normativa o jurídica, sino de entenderlos como algo que se construye en la práctica cotidiana: en la organización comunitaria, en la defensa del territorio, en la creación de espacios educativos autónomos, en la circulación de saberes que no dependen del Estado como único garante de verdad o de justicia. La memoria, en este sentido, funciona como una forma de reconocimiento: permite nombrar violencias, pero también reconocer formas de vida, de organización y de dignidad que han sido históricamente invisibilizadas.

En términos territoriales, este trabajo tiene un efecto directo sobre cómo se entiende y se habita el espacio. El territorio no aparece solo como escenario de conflicto o intervención, sino como un tejido de experiencias históricas que siguen activas en el presente. Recuperar esas memorias implica también reconocer que los procesos educativos y comunitarios no están desconectados de la historia política del país, sino que son continuidad de disputas más amplias por la tierra, la palabra, la organización y la vida colectiva.

Así, la relación entre la construcción de otras memorias y la educación comunitaria no es lineal ni teórica, sino práctica: se expresa en cómo se organizan los colectivos, cómo se enseñan y discuten las experiencias históricas, y cómo esas narrativas permiten fortalecer procesos de autonomía, organización y construcción de comunidad en los distintos territorios.

Aquí y ahora nos encontramos en el momento preciso para gestar la esperanza, no como una utopía inalcanzable, sino como un motor de acción colectiva; el momento preciso para transformar el relámpago en chispa que prenderá toda la pradera. Esta coyuntura histórica nos ofrece la oportunidad perfecta para interpelar la experiencia acumulada, la memoria de las luchas y la vasta tradición de pensamiento libertario que han habitado el mundo y nuestra realidad nacional, respondiendo a las jerarquías opresivas y a la degradación de la vida. Se vuelve

imperativo indagar por las formas concretas, diversas y a menudo silenciadas, en las que los pensadores anarquistas han organizado sus luchas.

Este es el lugar tan importante que tiene la *Colección Ramal* para las formas organizativas y de resistencia del presente. Emerge no sólo como un archivo, sino como una preciosa ventana al pasado, una herramienta historiográfica fundamental que nos permite echar la vista atrás para interrogar en profundidad la lucha anarquista de antaño. Así es como la investigación de archivo, las experiencias y los diálogos que se materializan en la colección terminan por transformarse, de manera orgánica, en parte intrínseca de la práctica militante anarquista, alimentándola con la memoria de las luchas pasadas, proporcionando lecciones tácticas y éticas, y reafirmando la continuidad de un proyecto político de emancipación.

Con todo lo dicho, con este trabajo busco poner bajo el foco las potencialidades actuales que tiene la investigación de archivo para brindarnos herramientas para las distintas formas de rebeldía organizada contra las múltiples formas de opresión. En un contexto social, político y económico marcado por la violencia estatal y la consolidación de narrativas hegemónicas que buscan borrar las huellas de la resistencia, se hace imperativo volver la mirada hacia los acervos documentales como espacios de memoria activa y reflexión estratégica. De esta manera, pongo bajo el foco el valiosísimo trabajo de los militantes que hicieron posible la *Colección Ramal*, por traer al presente importantes experiencias y reflexiones libertarias que fungen como catalizador para la articulación de nuevas formas de organización.

La labor ineludible que se presenta ante nosotros es la de investigar de manera rigurosa el pasado para recoger los pasos de quienes se han opuesto a las distintas formas de opresión a partir de la ayuda mutua y el rechazo a la autoridad. Desentrañar la memoria perdida y reconocer su tenacidad ácrata e insurrecta es un paso fundamental para interpelar el presente y encontrar formas

organizativas, fundamentos teóricos y experiencias que nos permitan movilizarnos en la crisis actual.

Capítulo 1.

LA INCOMODIDAD DE LA LIBERTAD

Anarquismo, archivo y persistencia ética en Colombia

Hablar del anarquismo en Colombia implica, desde el comienzo, aceptar una cierta incomodidad. No porque falten relatos, sino porque sobran silencios. La historia oficial y no oficial han tendido a convertirlo en nota al pie, en rareza importada o en simple excentricidad ideológica. Sin embargo, entre quienes han dedicado su trabajo a rastrear estas huellas, historiadores, archivistas, militantes de la memoria, existe hoy un acuerdo tácito: el anarquismo no fue un episodio marginal, sino una corriente viva que atravesó los primeros procesos de organización obrera, las formas tempranas de prensa crítica y los gestos radicales de disidencia política a comienzos del siglo XX.

No llegó como sistema acabado. Llegó fragmentado, viajero, mezclado con lecturas prestadas, panfletos doblados en bolsillos, cartas cruzando océanos y cuerpos migrantes que traían consigo otras maneras de pensar el mundo. Fue, antes que nada, una sensibilidad: una sospecha profunda frente a la autoridad, una ética del apoyo mutuo, una confianza obstinada en la capacidad humana de organizar la vida sin tutelas.

Así, los primeros anarquismos en Colombia se entretajan con la historia del trabajo, con las imprentas artesanales, con los sindicatos nacientes (Clavijo y Gamboa. 1992), con los cafés donde se discutía hasta la madrugada, con los periódicos efímeros que aparecían y desaparecían perseguidos por la censura.⁹ Se entretajan en la lucha de quienes han pensado en un mundo diferente, donde las pisadas no se marquen en los rostros de quienes no nacen con el pan debajo del brazo. No se trataba únicamente de proclamas políticas, sino de modos de estar juntos, de

⁹ Periódicos como el Ravachol, 1910, Chateclair, El socialista, para citar algunos.

ensayar otras formas de comunidad en un país atravesado por la violencia estructural, el centralismo y la desigualdad.

En ese paisaje emergen figuras históricas y revolucionarias¹⁰, cuyas vidas han inspirado y encendido las memorias de una Colombia distinta, como Blanca de Moncaleano, cuya presencia no puede reducirse a acompañamiento ni a sombra; Biófilo Panclasta- Ramón Felipe Lizcano- (1876-1942), errante y feroz, cuerpo en permanente fuga; y también Priftis, junto con otros extranjeros que la colección está recuperando, cuya trayectoria condensa esa condición migrante del anarquismo, esa circulación de ideas que no reconoce fronteras fijas. Más que héroes individuales, son nodos de una red mucho más amplia: traductores de experiencias, agitadores de conciencias, portadores de una radicalidad que se escribía tanto en textos como en prácticas cotidianas.

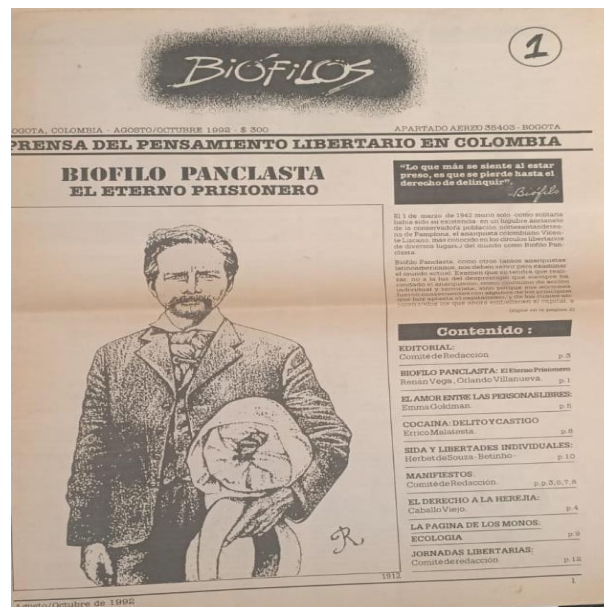


Figura 1. Carátula Periódico Biófilos N° 1. (Agosto - octubre de 1992) Fuente: Archivo personal de Amadeo Clavijo Ramírez

¹⁰ Sobre estos personajes es importante decir que del único que se tiene fecha de nacimiento y fallecimiento es de Ramón Felipe Lizcano, de Blanca (su fecha y lugar de nacimiento aún es incierta, así como su nacionalidad) vacíos que son objeto de investigación por el proyecto colección Ramal, sobre su fallecimiento se sabe que fue en Estados Unidos en 1928. De Vangelis Priftis se conoce la fecha de su expulsión de Colombia fue en diciembre de 1925

Así, frente a la desatención y el olvido histórico que han marginado las contribuciones del pensamiento y la experiencia militante anarquista en Colombia, y ante la imperiosa necesidad de rescatar y revivir estas experiencias, exploro de qué manera emerge como un nuevo aliento *La Colección Ramal*. Este proyecto, parte de la editorial La Valija de fuego y es posible gracias al trabajo de Marco Sosa, Omar Ardila y Amadeo Clavijo, hace parte de un intento de recuperar estas memorias extraviadas desde finales del siglo XIX para entretejerlas con las luchas actuales.

Para dar inicio a esta indagación primero se hace necesario comprender las razones que han llevado al amordazamiento sistemático de la historia del anarquismo en el país, lo que hace vital tejer el pasado del ahora Estado nación que hoy en día llamamos Colombia.

La historia de este país no puede ser contada sin el asalto colonial que sometió este territorio por más de doscientos años. La herencia colonial de la corona española instauró la economía moral de la obediencia, sosteniéndose en los castigos y las represalias públicas como muestra de reprimenda hacia quien siquiera pensara revelarse ante la mano monárquica. Volver a estos inicios no es un ejercicio nostálgico. Es una forma de interrogar el presente. Porque el anarquismo colombiano temprano no se limitó a importar teorías europeas: las reescribió desde las posibilidades locales, desde la represión estatal, desde la urgencia material de los cuerpos trabajadores. En ese gesto de traducción, imperfecto, creativo, profundamente situado, se encuentra quizás su potencia más duradera. Y desde allí se construye la pregunta problema: ¿De qué manera la historiografía colombiana ha producido la marginalización del anarquismo desde finales del siglo XIX, y cómo el trabajo archivístico de la Colección Ramal reconfigura ese vacío como un espacio de disputa política, cultural y pedagógica en el presente?

Sumergirse en estos archivos, y como es el objetivo de este trabajo, de manera activa y política, es también dejarse afectar por ellos. No como quien enumera fechas, sino como quien escucha resonancias. Cada nombre, cada publicación, cada episodio de persecución o solidaridad abre preguntas que siguen vigentes: ¿Cómo se organiza la vida común? ¿Qué significa realmente la libertad? ¿Qué cuerpos pagan el precio de la desobediencia?

Tal vez por eso el anarquismo no aparece en Colombia como una línea recta, sino como una serie de irrupciones. Como chispas. Como una memoria que insiste. Si se buscan los orígenes de la rebeldía y la desobediencia en Colombia, no basta con situarse en las primeras décadas del siglo XX. Juan José Mariño (2024) propone retroceder aún más, hasta el momento fundacional de la república. La independencia, lejos de inaugurar un tiempo de libertades plenas, instala una nueva forma de poder: la hegemonía criolla. Una revolución dirigida por élites que, una vez consolidado el Estado, se vuelve rápidamente intolerante frente a cualquier disidencia que cuestione su autoridad.

Así, mientras el discurso republicano hablaba de libertad, en la práctica se configuraba un régimen profundamente vigilante frente a las ideas radicales. La vigilancia temprana presidió al anarquismo y lo volvió clandestino. Mariño nombra este período como un “gobierno de agitadores” (Mariño, 2024, p. 25): un poder que, habiendo nacido de la revuelta, se dedica luego a sofocar toda revuelta posterior. En ese tránsito se gesta una persecución temprana, a veces explícita, otras silenciosa, contra cualquier pensamiento que pusiera en duda la legitimidad del Estado, la propiedad o la jerarquía social. Este gesto es clave; antes de existir un anarquismo organizado, ya existía su negación.

Lo que aparece entonces no es todavía un movimiento estructurado, sino una sensibilidad dispersa, una incomodidad persistente frente al orden impuesto. Una crítica que circula de forma

fragmentaria, sin nombre fijo, pero que se expresa en levantamientos locales, en escritos clandestinos, en figuras errantes. Es allí donde, más adelante, se inscribirá Biófilo Panclasta.

Panclasta no surge de la nada: su biografía encarna esa genealogía previa de inconformidad. Su vagabundeo político, su rechazo visceral a toda autoridad, su paso por cárceles y exilios, solo pueden comprenderse dentro de este clima histórico donde el Estado colombiano aprende pronto a temer a quienes no piden permiso. Panclasta aparece como cuerpo síntoma; producto de una república que se declara libre mientras perfecciona sus mecanismos de control.¹¹

Este mismo entramado explica por qué el anarquismo colombiano no se desarrolla como escuela doctrinaria sino como experiencia vivida. Llega tarde como palabra, pero temprano como práctica. Antes de los periódicos libertarios y de las organizaciones obreras, ya existía la persecución; antes de los manifiestos, ya estaban las cárceles. Por eso, cuando a comienzos del siglo XX empiezan a circular de manera más sistemática textos anarquistas, traducciones europeas y redes militantes, estas ideas no caen en terreno virgen, encuentran un país ya entrenado en sofocar la desobediencia.

Desde allí puede leerse el período que Mariño sitúa a inicios del siglo XVII, no como inicio absoluto, sino como momento de visibilización. Este miedo temprano a la disidencia no surge de la nada. Se inscribe en una larga historia colonial donde el poder se ejerció como administración del castigo y control del cuerpo. Antes de la república, la colonia ya había configurado una relación jerárquica con el trabajo, la tierra y la obediencia, dejando como herencia una profunda sospecha frente a cualquier forma de autonomía colectiva. El anarquismo pasa entonces del murmullo al archivo, de la errancia individual a las formas colectivas, del gesto aislado a la organización obrera, a la prensa libertaria, a figuras como Blanca de Moncaleano, cuya presencia marca el paso de un

¹¹ Para profundizar en la vida y obra de Biófilo Panclasta (Ramón Felipe Lizcano), véase Villanueva Martínez (2018).

anarquismo masculino y errante hacia una radicalidad también encarnada en mujeres que escriben, organizan y sostienen. El anarquismo en Colombia emerge como herida de una tierra que no sana, que supura y enrojece al paso de los años, que se va abriendo cada vez más con la escalada del neoliberalismo, que no dejará de arder mientras la vida siga siendo rechazada.

Desde ese punto de visibilización, cuando el anarquismo comienza a circular como lenguaje político organizado, el proceso se acelera y se vuelve material. Ya no se trata sólo de individuos errantes o de gestos aislados, sino de prácticas colectivas ancladas en territorios específicos. Es aquí donde el anarcosindicalismo¹² entra en escena como forma concreta de intervención social.

Las cuencas altas y bajas del río Magdalena se convierten en uno de los principales corredores de estas ideas. El río funciona como infraestructura política, por él se desplazan obreros, impresos, mercancías y agitadores; alrededor suyo se articulan inquilinos, bogas, transportadores y trabajadores urbanos.

El río Magdalena ocupa un papel fundamental en la historia que se quiere contar. Algunos de los personajes lo transitaron, trabajaron en él, vivieron de acuerdo con sus ritmos e interactuaron de una manera tan profunda con el afluente que negar su participación en la historia de esta investigación sería no solo olvidar a un actor primordial sino también caer en las visiones antropocéntricas que no conciben a los entes naturales como partícipes de la historia. Atendiendo a los reclamos hechos desde la historiografía ambiental que han considerado que se necesita un esfuerzo por “desvelar la relación de las sociedades con los

¹² Conocido también en el medio Anarquista bajo el nombre de Sindicalismo Revolucionario, es una expresión de lucha y organización por parte de los y las trabajadores que articula los principios anarquistas al movimiento obrero, comprendiendo a los sindicatos como espacios de acción directa y transformación política.

ecosistemas a partir de las microhistorias” esta investigación comprende al río Magdalena como partícipe y socio cooperante junto con los hombres y mujeres que aparecerán en el relato. Al mismo tiempo entiendo el río Magdalena como un agente natural que facilitó y facilita ciertas formas de acción. (Granados, 2024, p. 30)

Barranquilla, Neiva y Bogotá aparecen como nodos de una red que no responde a fronteras nacionales estrictas, sino a flujos de movilidad. El anarquismo colombiano temprano se construye, en gran medida, desde esta geografía móvil.

En este entramado cobra especial relevancia la presencia de militantes extranjeros. Nicolás Gutarra, Evangelista Prifis, Juan García y Filipo Colombo no operan como simples transmisores de una ideología importada, sino como catalizadores de procesos locales. Sus trayectorias muestran cómo el anarquismo se produce en contacto: en la organización de ligas de inquilinos, en huelgas fluviales, en sociedades obreras, en comités femeninos, en periódicos artesanales y hojas volantes. La influencia extranjera no reemplaza las voces locales, sino que se mezcla con ellas, generando formas situadas de anarcosindicalismo.

Los inicios del siglo XX están marcados por una tensión permanente entre organización popular y vigilancia estatal. Las autoridades responden con legislación migratoria, ley 48 de 1920, archivos policiales y expulsiones. La figura del “extranjero pernicioso”¹³ se convierte en un dispositivo central para contener la propagación libertaria. Sin embargo, esa misma represión deja ver la densidad del movimiento: si el Estado reacciona con tal intensidad, es porque las prácticas anarquistas estaban logrando arraigo real entre sectores populares.

¹³ El concepto de *extranjero pernicioso* fue utilizado en distintos momentos de la historia colombiana, especialmente a finales del siglo XIX y comienzos del XX, para designar a aquellos individuos —en su mayoría migrantes— considerados una amenaza para el orden social y político. Bajo esta categoría se agruparon con frecuencia sujetos vinculados a corrientes como el anarquismo, el socialismo o el sindicalismo, a quienes se les atribuía la propagación de ideas subversivas. Más que una descripción objetiva, la noción funcionó como un dispositivo de exclusión que permitió justificar vigilancia, expulsión y censura, delimitando así qué cuerpos e ideas podían circular legítimamente dentro de la nación.

Al mismo tiempo, el campo libertario se amplía. Las mujeres no aparecen solo como acompañantes, sino como sujetas políticas activas, organizando comités, liderando protestas y produciendo discursos. Con figuras como Blanca de Moncaleano, el anarquismo se desplaza del espacio exclusivamente sindical hacia dimensiones pedagógicas, afectivas y comunitarias. La lucha ya no se limita al salario o la jornada laboral: se extiende a la vida cotidiana, la educación, la autonomía corporal y la crítica a la familia patriarcal.

Hacia finales de los años veinte, este primer ciclo comienza a fragmentarse. La represión sostenida, el ascenso de otras corrientes de izquierda más centralizadas y la progresiva institucionalización del movimiento obrero reducen la visibilidad del anarquismo organizado, pero no lo borran. Lo que sigue es una historia de latencias, el anarquismo permanece como corriente subterránea, reapareciendo en momentos específicos del siglo XX en proyectos editoriales, experiencias culturales, militancias estudiantiles y redes informales.

Lo que se observa, más que una continuidad lineal, es una lógica de reactivación. Cada generación retoma fragmentos del archivo libertario y los reconfigura según sus propias urgencias. Las influencias externas siguen presentes, pero ya no llegan solo por puertos fluviales: circulan por redes digitales, encuentros continentales y alianzas regionales. Al mismo tiempo, las experiencias locales producen lenguajes propios que vuelven a viajar.

Esta historia de represión y reorganización no queda clausurada en el siglo XX. Se transforma. Las formas contemporáneas de precarización, extractivismo y despojo territorial pueden leerse como continuidades de aquella violencia fundacional, ahora administrada bajo el lenguaje del desarrollo y la seguridad. En este punto, el anarquismo en Colombia deja de ser solo una tradición política para revelarse como una pregunta existencial persistente. No se trata únicamente de cómo organizar el trabajo o resistir al Estado, sino de cómo sostener una vida

vivable en un mundo que normaliza la destrucción. Tal vez por eso sigue reapareciendo. No porque ofrezca soluciones totales, sino porque insiste en algo elemental: que la libertad no puede separarse del cuidado de la vida. En tiempos de colapso, sostener esa insistencia, aunque sea de manera precaria, fragmentaria, incompleta, es ya una forma de resistencia.

Cuando pienso en los primeros anclajes del anarquismo en Colombia, no puedo separarlos de la historia del trabajo. No porque el anarquismo haya sido una teoría sobre el trabajo, sino porque fue allí donde el cuerpo empezó a decir *no*. Finales del siglo XIX, comienzos del XX: sociedades de artesanos, mutualismos, asociaciones de resistencia. No eran todavía anarquistas en el sentido estricto, pero ya practicaban algo fundamental: organizarse sin pedir permiso. Me interesa insistir en esto: antes de que el anarquismo se nombrara, ya había prácticas que lo hacían posible. El rechazo a la tutela, la sospecha frente al patrón, la solidaridad como necesidad vital y no como consigna.

Ese proceso no ocurrió en abstracto. Ocurrió en territorios concretos, atravesados por flujos. El río Magdalena que como lo mencionaba anteriormente, aparece como infraestructura política. Por allí se movían mercancías, sí, pero también ideas, periódicos doblados, personas que huían o buscaban. Barranquilla, Honda, Girardot, Neiva, Bogotá: nombres que no son solo ciudades, sino nodos de tránsito. El anarquismo colombiano temprano es impensable sin esta movilidad. No nace en un centro fijo, sino en el desplazamiento mismo. Tal vez por eso nunca terminó de institucionalizarse: porque su condición fue, desde el inicio, fluvial.

De esta manera volvemos a referenciar a los cuerpos extranjeros. No como figuras exóticas, sino como presencias incómodas. Llegan marcados por guerras que aquí se conocían de oídas, por derrotas que no necesitaban traducción. Italianos, españoles, griegos, latinoamericanos expulsados de otros lugares, que en Colombia no encuentran refugio, sino otra forma de vigilancia. El Estado

los nombra “perniciosos”, “agitadores”, “indeseables”. (Congreso de la República. Artículo 7, Ley 48 1920). Me detengo en esa palabra: pernicioso. No designa sólo una amenaza política, sino una contaminación moral. El extranjero anarquista no es peligroso solo por lo que dice, sino por lo que encarna: una vida que no acepta el orden como destino.

La respuesta estatal se vuelve entonces meticulosa. Leyes migratorias, archivos policiales, expulsiones, seguimiento de imprentas. Hay algo que me parece clave subrayar: el Estado colombiano no reacciona tarde frente al anarquismo; aprende pronto a reconocerlo como enemigo. Y eso dice mucho de su potencia. Porque nadie persigue lo irrelevante. La figura del extranjero pernicioso es, en el fondo, la admisión de que las ideas libertarias estaban encontrando eco real en sectores populares, especialmente en el mundo del trabajo.

La masacre de las bananeras irrumpe aquí como una herida que no se cierra. No solo como tragedia laboral, sino como punto de quiebre moral. 1928 no es una fecha más: es el momento en que el Estado decide, sin ambigüedad, defender el capital a costa de la vida. Cuando vuelvo sobre este episodio, no lo hago para explicar el anarquismo, sino para entender por qué ciertas ideas encontraron allí terreno fértil. Después de una masacre, la desconfianza deja de ser ideológica y se vuelve experiencia. La autonomía ya no es una abstracción: es supervivencia.

Tras ese golpe, el anarquismo organizado comienza a fragmentarse. No desaparece, pero se repliega. Las décadas siguientes, especialmente a partir de los años treinta, están marcadas por una doble presión: la represión estatal sostenida y el ascenso de izquierdas más institucionalizadas, que ofrecen organización, partido, línea. El anarquismo queda entonces fuera de escena, pero no fuera del mundo. Persiste en formas menos visibles: en proyectos editoriales marginales, en prácticas culturales, en militancias individuales, entre ellas la presencia de gremios de origen ácrata al Congreso Sindical Nacional del 10 de agosto de 1935, desarrollado en Cundinamarca, (Mariño,

2021, pg. 171) también el mismo año se desarrolló el 6 de diciembre, una importante movilización por el aniversario de la masacre de las bananera, liderada por los comunistas (Mariño, 2021, pg.174), así como por ejemplo en el año 1930 había congregación de trabajadores artesanales anarquistas en el comité central de sindicatos, reseñados así como el dirigente comunista Gilberto Mejía, como Ricardo Gaviria, zapatero, y el sastre Pablo Emilio Ramos, (Mariño, 2021, pg.177). En 1934 se documenta una huelga aparentemente con participación anarquista en Medellín. (Mariño, 2021, pg.177). Experiencias que no hacen escuela, pero dejan huella. Me interesa pensarlo así: no como derrota, sino como latencia.

Y luego, casi sin anuncio, reaparece. No como retorno, sino como reactivación. Desde los años noventa, el anarquismo en Colombia vuelve a tomar forma en otros registros: Ya no se articula prioritariamente alrededor del sindicato, sino en colectivos urbanos, espacios autónomos, prácticas de autogestión, pedagogías libertarias, feminismos antiautoritarios y luchas territoriales. La herencia anarcosindicalista dialoga ahora con ecologismos radicales, críticas al desarrollismo y apuestas por la vida comunitaria. Ahora el eje es la vida misma: el cuerpo, el territorio, la relación con la tierra, el cuidado, la autonomía cotidiana. Las influencias siguen viniendo de fuera, pero también de adentro, del archivo que nunca se cerró del todo.

Cuando miro este recorrido del mutualismo temprano al anarcosindicalismo, de la represión a la latencia, de la reaparición contemporánea a las nuevas formas de autogestión emergen sensaciones de alivio y de esperanza encaminadas hacia la utopía, hacia una manera de no acostumbrarse. Tal vez por eso el anarquismo en Colombia no se deja fijar como pasado: porque cada vez que la vida se vuelve invivible, algo de esa memoria vuelve a moverse.

La memoria colombiana sobre los rezagos de una guerra por la tierra y por el poder no se aloja únicamente en los archivos, sino en prácticas que reaparecen: desconfianza frente a la

autoridad, organización horizontal, rechazo a la tutela, formas de solidaridad que sobreviven incluso cuando el lenguaje político que las nombró ha sido borrado. Así, el anarquismo en Colombia no se deja fijar como etapa cerrada del pasado. Persiste como campo de experimentación política. No como tradición homogénea, sino como una serie de ensayos sobre cómo organizar la vida sin tutela.

Y es sobre esta historia, que la inquietud, esa incomodidad silenciosa frente al mundo tal como es, ha impulsado a las personas a transformar su realidad; por ello este documento involucra trazos de la vida de tres personas que, movidos por preguntas que no pudieron ignorar, emprendieron por caminos distintos que, sin proponérselo, los llevaron a encontrarse en un punto común: la lucha, la utopía y la insumisión. No una lucha abstracta, sino aquella que nace desde lo íntimo y se proyecta hacia lo colectivo, que los ha llevado hasta el día de hoy, a construir herramientas y elementos que forman parte de los estudios de la historia de los anarquismos en Colombia, propósito en el cual la *Colección Ramal* proyecto editorial de la Valija de Fuego, ha puesto su lupa y corazón.

La intolerancia a la opresión y el deseo de libertad no bastan para ser un anarquista, si no se complementan en el amor a los demás, el interés colectivo, y pensar en el otro como un ser también merecedor de la dignidad que le corresponde a cada individuo. La solidaridad es un fundamento profundo del anarquismo, se puede ser un revolucionario sin más a la hora de buscar un cambio en la sociedad, pero el anarquismo no puede ser pensado exclusivamente en una realización personal, sino que también involucra lo común, con esto, podemos ir reconociendo los sintagmas de quienes van construyendo este entramado de citas y escaladas históricas desbordantes de memoria, un empeño por construir y reparar las letras que han querido ser borradas durante tanto tiempo. Por ello es importante resaltar, no basta solo con querer cambiar el mundo, incluso,

no basta con querer cambiarse a sí mismo, es necesario pensar de forma consciente de que se está en la cohabitación, que es con otros seres humanos que se deben desarrollar las aspiraciones a ese mundo utópico.

Y a pesar que no se trata de un trabajo biográfico, si se pretende detallar juiciosamente algunos pasajes de sus vidas; la dirección es entender la forma en la que su trabajo de archivo y el juicio investigativo de sus vidas les han llevado a construir, desde la pasión, la investigación, la rigurosidad bibliográfica y su vida misma, el querer desarrollar palabras para contar la historia de personajes fundantes del anarquismo en Colombia, para leer su historia de la manera más consciente y recuperar estas vidas que han dejado un legado político y vital para nuestro país.

Capítulo 2.

ENTRE LA CHISPA Y EL INCENDIO

Acercamiento al repositorio de sus vidas

El origen de aquello que más tarde ardió

No hay nada en el mundo más bello, y que mejor pueda llenar toda la aspiración libertaria, que la Anarquía. Los grandes esfuerzos que los políticos han hecho, por hacer desaparecer del mundo esta palabra, se han estrellado contra la robustez del ideal que entraña.

(Blanca de Moncaleano. Pluma roja. N°11. Junio 15 de 1915. P. 3)

Hay momentos en la vida que no se anuncian con estridencia, pero que marcan el curso entero de una existencia firme y curiosa. La inquietud no llegó como protesta ni como consigna, sino como una manera de andar en la vida, más cerca de una forma temprana de percibir el mundo con una sensibilidad distinta que a la construcción de un edificio teórico. Fue en la infancia donde, sin saberlo ni pedirlo, comenzó a tejerse esa raíz silenciosa desde la cual crecería la acción, la crítica, la búsqueda de lugares comunes y la necesidad de lucha.

Amadeo, un señor bogotano, criado en la ruralidad y cultivador de utopías. Su relación con la tierra desde temprana edad tejió para él un mantra de contemplación hacia la vida y las formas de vivirla. “O sea, es como una espiritualidad. Comparto una armonía, una tranquilidad, una seguridad también, de que estoy con personas que aman lo que yo amo. Y que están como cercanas espiritualmente, energéticamente también, a lo que estamos haciendo.” (Amadeo Clavijo, Comunicación personal, marzo 2026)

Con su mochila que lleva siempre de costado, tono de voz moderado, cuidando de su herramienta más preciada, se le puede encontrar tomando tinto y echando verbo en la plaza Darío.

Es el que tiene un palillo en la boca, vieja manía según él, para poder seguir hilando la palabra de onces. Relajado para tomarse sus polas, pero riguroso en la escritura, profesor de profesión, investigador y sabueso de archivo de oficio.

La escuela para él fue el inicio de un curso hacia la búsqueda y la formulación de interrogantes, que le dio herramientas que nunca creyó iban a ser impulsadoras de rebeldía. A los 14 años vivió un punto de inflexión cuando ingresó a la Normal de la Paz. Allí, en medio de un entorno marcado por la pedagogía social de las monjas, leyó por primera vez a Paulo Freire y su Pedagogía del oprimido. Esa lectura lo atravesó. La clase de metodología de la investigación le sembró más dudas que certezas. En ese momento, aún sin palabras militantes, su horizonte empezó a girar hacia una conciencia crítica. Un libro que marcó su vida fue Colombia Amarga de German Castro Caicedo, su lectura lo llevó a enterarse de la existencia de la violencia en Colombia y pudo sensibilizarse sobre los pasajes dolorosos del país.

Allí forjó un hábito, la lectura para él se convirtió en un arma y un espacio vital para la construcción de lo que iba a ser su vida y sus aspiraciones. Sus rutinas le convirtieron en un sabueso de biblioteca, con libros que poco a poco fueron perfeccionando ese olfato de investigador que hoy día tanto le caracteriza. Él, un futuro rastreador, en la Luis Arango, hurgando sobre las repisas y en los cajones de madera, buscando entre las fichas bibliográficas. “Así era la biblioteca en 1981”, relata. Palabras y respuestas al hambre de saber que sentía por dentro.

Luego navegó en la educación popular gracias a su servicio social, donde inició un trabajo de alfabetización con el programa Camina, que se desarrolló a nivel nacional. Frente a su casa quedaba la escuela en la que se desarrollaba el programa y en la que, como él le llama “se enroló” con la alfabetización, con la educación de jóvenes y adultos y con la educación popular, que le acompaña hasta el día de hoy. Allí fue donde lo crítico y político se fueron haciendo su alimento,

parte de su vida. Así fue tamizando su talento para la enseñanza y no mucho más tarde fue a inscribirse en la Universidad Pedagógica Nacional; decisión no menor, que lo llevó a adentrarse en una nueva etapa de su vida que también habría de direccionar sus caminos hacia la búsqueda de la emancipación y su trabajo de investigador.

Omar, un juicioso charlador, escritor de oficio con talante serio y desprovisto de vaguedad. No es gratuito que su trabajo de escritor lo haya convertido en un personaje crucial a la hora de narrar las historias que se pueden encontrar en la *Colección Ramal*. Preparado para ser un narrador riguroso y atento. Puntual y disciplinado en sus oficios, lobo solitario de sus devenires, pero compañero en el conspire. Quien lo viese pasar no pensaría que es un anarco y revolucionario de la calle, tropelero, afanador de la acción directa y orador de los duros.

De familia huilense, e hijo de la escuela rural, aprendió las labores del campo a medida que iba cursando sus estudios; sabedor de la tierra y sus costumbres. Se formó en su tierra, aunque como es de costumbre y gracias a la naturaleza centralizada del país, decidió irse a Popayán a cursar la educación superior

Marco, por su parte, un tipo auténtico y sensible, con sus tatuajes punketos y taches infaltables en sus pintas, rolo de pura cepa, apasionado por las expresiones del arte, la música y la literatura. De los tres el más reservado y fundador de la editorial y librería *La Valija de Fuego*. Devorador de libros y poesía, coleccionista de todo, incluso de sus andares. Lleno de historias y sueños como la justicia, la revolución y las utopías, su trabajo de archivo ha nacido desde la pasión de coleccionar, y ha visto en ella la potencia de contar historias, de dar lugar a las formas del arte de relatar y narrar la vida.

Coqueteó con ideas que le hablaban de sensibilidad social y cuestionamiento del poder. Hacia los 12 o 13 años, encontró afinidad con el pensamiento anarquista, primero a través de la

música de Jorge Lee, y luego por medio de la lectura. La literatura fue su forma inicial de conexión con una postura crítica, especialmente en torno a la autoridad. Criado en la ciudad, siempre sintió una cercanía emocional con quienes no ganaban, con los vencidos. Lejos de desanimarlo, le dio armas para encontrar palabras de resistencia, para no resignarse, para no detenerse. Desde niño, Marco encontró en la idea del anarquismo no una doctrina, sino un espejo de su incomodidad temprana.

Aunque se tecnicizó, decidió distanciarse de la academia por convicciones que se han ido acrecentando con el pasar de los años. Y uno de los pilares en donde encontró el sentido de su aprender en el mundo y en la vida fue justamente un texto sobre la biografía de Proudhon y su autodidaxia, porque le interesaba observar el mundo y la pedagogía como una forma de habitar que no correspondía únicamente a las miradas académicas del aprendizaje y el propio desarrollo educativo.

En los tres casos, las semillas se sembraron en un suelo común: la experiencia concreta, la pregunta que incomoda, el dolor que no se nombra aún pero que se reconoce. Antes de que existiera militancia, había escucha. Antes del grito, hubo murmullo. Y fue allí, en ese territorio callado y fértil, donde la inquietud echó raíz.

2.1. Tres veces la aurora

Relatos del despertar anarquista

“Es el temblor que anuncia la aurora de un cráter. (...) Es el empuje de la
Revolución que avanza.”

Práxedes G. Guerrero, *Revolución*, N.º 2, 9 de noviembre de 1907.

Con el paso de los años, aquella inquietud temprana comenzó a adquirir palabras, rostros, libros, actos. La juventud no fue para ellos una etapa lineal, sino una trama compleja donde los sentires se volvieron bandera, y el camino se construyó en convicción. Entre aulas, calles y encuentros, cada uno de ellos tomó decisiones que no sólo definieron su ruta personal, sino también la forma en que leerían y habitarían el mundo.

Amadeo, ya con una semilla pedagógica sembrada desde su paso por la Normal de la Paz, continuó su formación en la Universidad Pedagógica Nacional. Allí combinó su carrera con un temprano compromiso con la educación popular. Mientras estudiaba, alternaba sus días entre las aulas universitarias y una escuelita donde se enseñaba a leer y escribir a jóvenes y adultos, escuela en la que posteriormente pasaría a ser el coordinador –cosa que también fue un punto de sensibilización muy importante para los caminos que él tomaría en el futuro–. Más adelante, su práctica pedagógica lo llevó a acompañar el proceso organizativo con la comunidad indígena INGA cuyo oficio era la venta ambulante en el centro de la ciudad.

Su experiencia como estudiante le permitió observar de primera mano la disputa de los partidos hegemónicos de izquierda de la época (JUCO y MOIR específicamente), y presenciar su estilo de rapiña en el intento por apoderarse de los espacios en la universidad en su afán de ser la vanguardia de la organización estudiantil. Tales experiencias le llevaron a desencantarse de estas formas organizativas y buscar otros referentes. Fue así como se configuraría su proyecto de trabajo de grado para optar por el título de licenciado en ciencias sociales. En este contexto, y luego de establecer acuerdos con su compañero de investigación Juan Carlos Gamboa, nació el texto por el que sería merecedor de su título universitario, *"Participación del anarquismo y del anarcosindicalismo en las organizaciones y luchas obreras en Colombia durante la década de los veinte"* (1992), cosa que para él fue un fuerte imán de acciones políticas así, en este mismo año

fue cuando, con un grupo heterogéneo de primíparos, exalumnos y uno que otro más en el intermedio de su carrera, decidieron fundar la Organización Estudiantil nombrada Proyecto Cultural Alas de Xué (PCAX), en la Universidad Pedagógica Nacional como un proceso abiertamente anarquista dentro de su concepto más amplio. Precisamente sus intereses comunes más recurrentes viraban sobre la anarquía, lo que dio paso a la creación de un grupo de estudio donde se adelantaron discusiones al respecto y cuyas reflexiones se movieron en publicaciones tales como revistas y periódicos editados por la Universidad Pedagógica.

Fue ese cruce entre lo académico y lo popular lo que encendió en Amadeo una forma propia de militancia: silenciosa pero sostenida, hecha de acompañamiento, investigación e insumisión a los marcos rígidos del saber. Los miembros de Alas de Xué, luego de 10 años de existencia del proyecto, en una noche del año de 1998, de manera amable y por acuerdos mutuos, decidieron darle un cierre honorable a este grupo estudiantil. Mientras estuvo en curso Alas de Xué representó el paisaje que, quienes estuvieron allí, quisieron dibujar sobre la fuerza de la comunidad y los sentidos rebeldes que vibraban en ellos ante el calor de la acción concreta y disruptiva. Unos decidieron distanciarse de estos tránsitos anarquistas, otros siguieron en un baile cálido con esta militancia; más Amadeo fue, si se puede decir, el único que se sumergió en este vaivén de la anarquía y decidió no salir de allí nuevamente.

Siguió encaminando sus pasos a los espacios de investigación que le suscitó la vida, fue así como posterior a su título de pregrado se acercó nuevamente a la labor investigativa, llamado por sus antiguos compañeros de la revista *Nuestras Palabras* (hoy los profesores e historiadores Frank Molano y Miguel Ángel Urrego), los que tenían el trabajo de indagar en la historia del sindicato de Bavaria. En medio de esta investigación de rastreo de fuentes periodísticas de primera mano, fue encontrando textos de José María Vargas Vila, personaje con quien Amadeo tenía ya

afinidades desde su niñez. Este se convertirá en el punto de convergencia para este trabajo, ya que fue Vargas Vila quien con sus textos fue ablandando el camino hacia el encuentro de las tres vidas de las que hablamos aquí.

Omar, en cambio, vivió su formación universitaria en Popayán. Ingresó primero a medicina, luego a derecho y después a filosofía. No culminó ninguno de los estudios, –que hoy por hoy no es un hecho fortuito nacido de la rebeldía sin más, sino que ya conformaba un trazo de toda una línea que él había iniciado a dibujar para su vida y su trayectoria vital e identidad política. Vivió en las residencias universitarias 4 de marzo, marcadas por la memoria del movimiento estudiantil y por una vida cotidiana tejida desde la precariedad, la solidaridad y la organización colectiva, lo que le permitió vivir la vida en comunidad y en reflexión constante de lo que significa el compartir y unir fuerzas para poder subsistir en un lugar de escasez.

Fue parte activa de la lucha estudiantil, aunque nunca desde cargos de representación “Esas representaciones no me interesaban” (Comunicación personal, marzo 2026) cuenta él. Prefería la acción directa: marchas, boicots, veladas culturales, encuentros políticos y comidas comunitarias. Prácticas que fortalecieron sus ideas políticas y la identidad que él deseaba construir. El contexto universitario que vivió Omar era álgido en identidades comunistas y político- militares, como lo demuestra la presencia de una facción no desmovilizada del M19 y ELN, que se hacía llamar Bateman Cayón, o del Partido Comunista por excelencia, el PCC¹⁴. Por supuesto, también por la naturaleza de su ubicación geográfica había presencia de movimientos sociales indígenas y campesinos del Cauca, como el CRIC¹⁵ y el CIMA¹⁶.

¹⁴ Partido Comunista Colombiano.

¹⁵ Consejo Regional Indígena del Cauca.

¹⁶ Comité de Integración del Macizo Colombiano. Esta organización se disputaba vigorosamente con los movimientos indígenas.

Y aunque el anarquismo era ausente y sin discusión, Omar se proclamaba abiertamente anarquista desde su individualidad, cosa que dejaba entrever su rechazo a la representatividad y la corporación junto con la lejanía de lo organizativo, esto, claro está, reconociendo la potencia de la alianza para poder desarrollar acciones directas. Fue un joven que se proclamó anarquista aún en un entorno donde no existía ese lenguaje, y encontró en un profesor de filosofía —más amigo que maestro— el eco necesario para seguir leyendo, preguntando y caminando. Este profesor, Alfredo Rodríguez, fue alimentando su hambre de saber que nutría con poesías y con lecturas potentes desde la filosofía.

En paralelo, Omar trabajó con frailes de la teología de la liberación y en proyectos de acompañamiento y protección en derechos humanos en barrios marginales de Popayán, donde gracias a sus estudios, pudo desarrollar un trabajo de defensor de derechos humanos y derechos de los pueblos. Sus afinidades políticas fueron encaminadas a lecturas de autores como Fals Borda y Eduardo Umaña Luna, siendo “La declaración de Argel” una inspiración más en su labor, sin dejar de lado su desarrollo pedagógico que gestó fuertemente a través de ejercicios como el cine popular. La ruptura y los engranajes fueron construyendo para él un espacio para estar en el mundo; la filosofía una unión y la rebeldía una bifurcación que le entregaba miles de posibilidades.

Marco, por su parte, construyó su sensibilidad política desde los bordes. Aunque no hay en su relato una trayectoria académica tradicional, sí hay una constancia autodidacta marcada por la lectura, la música y los espacios de agitación cultural. Desde los 13 años se sintió atraído por el anarquismo, no como ideología cerrada, sino como respuesta vital a su incomodidad con el poder. Fue parte de colectivos como la Cruz Negra Anarquista que luego fue llamado Bifurcación y participó en proyectos como el Centro de Estudios Libertarios, Banderas Negras y un colectivo anarco que se llamaba Contra Corriente.

“Primero me considero una persona, segundo una persona que tiene afinidad con las ideas anarquistas, y si me preguntan qué rama del anarquismo me ubicaría, soy más de la línea de Tarrida de Mármol, Malatesta, el Anarquismo sin Adjetivos. (Marco Sosa, Comunicación Personal, mayo 2025)

Nutriéndose de corrientes diversas e incluso discontinuas, bebiendo desde la autonomía obrera hasta el situacionismo, que le han ido otorgando distintas visiones del mundo, en una sociedad, –como él le llamó– ‘convulsa y grande’. Con la Cruz Negra acompañó trabajos con prisioneros políticos, y desde distintos espacios como SEEL y con Contracorriente trabajó para acercar el anarquismo a las gentes. Sus actividades políticas le llevaron a problemas de seguridad, concluyendo en un exilio al que nunca se entra amablemente, acompañado por el Programa del Principado de Asturias, desarrollando procesos de ingreso y egreso evaluando la viabilidad de la vida fuera de su país de origen. Así se fue consolidando diversos procesos organizativos que desembocaron en la intención de fundar una librería de propósitos rebeldes y contestatarios, entendida no como negocio sino como espacio de cultivo cultural y político, la cual conoceremos más adelante.

Su juventud estuvo atravesada por la curiosidad insaciable, la búsqueda de coherencia y la desconfianza hacia los liderazgos. Nunca se sintió parte de una escuela, sino de un modo de estar en el mundo que combinaba ética, estética y resistencia.

En los tres relatos no hay un único punto de inflexión, sino una serie de decisiones pequeñas, a veces invisibles, que fueron modelando sus andares. Escoger una lectura, negarse a portar un uniforme, acompañar un proceso barrial, entrar a una asamblea, salirse de una carrera, renunciar a un título, inventar otra forma de investigar o de enseñar. Cada uno —a su manera—

encendió el fuego que alguna vez fue semilla, y lo convirtió en palabra, proyecto, memoria y acción.

2.2. Los comienzos de la memoria organizativa

Formas de no olvidar

Para Amadeo el anarquismo se fue convirtiendo en una forma de escudriñar los más profundos espacios de su intimidad. La pregunta por el ser y las formas de lucha que se enmarcan en los pasajes de la utopía y otros mundos posibles lo llevaron a construir fuertes de resistencia junto con otros y otras, que incluso nos dejaron anécdotas memorables para la historia y un sentido de la fuerza conspiradora, potenciador de las libertades. “Construir el PCAX es simple y contundentemente comenzar a confirmar la utopía posible y deseable.”. (Fajardo, 2002, p.19)

Se cree que la vida de la militancia es un camino recto de asamblea y línea discursiva, de coherencia práctica y obediencia a los puntos de la prédica de combate. Sin embargo, va más allá de armar un muro de ideas sustentadas en la disputa. La acción va por el lado de tener un horizonte de pensamiento, incluso en las disyunciones, un sentido que une las experiencias vitales de quienes se asumen en la tarea de la militancia. Así se encuentran en la organización de Alas de Xué, con sus ideas discursivas prestas al debate, pero con decisiones amorosas que son claras de entender. “Esta fue una de esas cuestiones en las que preferimos sacrificar nuestros gustos por fortalecer los afectos”. (Fajardo, 2002, p.19)

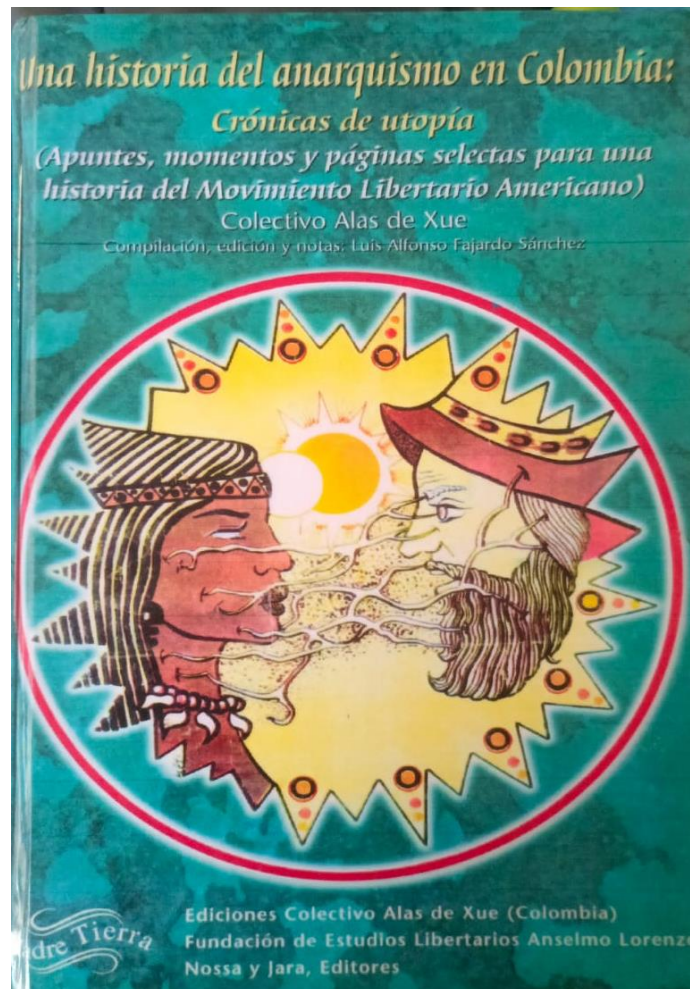


Figura 2. Caratula Libro Una historia del anarquismo en Colombia: Crónicas de utopía
Fuente: Archivo personal Maura Bello Giraldo

Así se va configurando la vida y la trascendencia en un hilo conductor de acciones, parches, juntanzas, tropeles, guaro y pintas que encuadran un paisaje de actividades militantes de Amadeo, una juventud rebelde y llena de intenciones transformadoras, unidas a su contexto y a las luchas, su corazón fue recogiendo y acompañando con determinación.

A finales de los años noventa, Colombia era un país marcado por la violencia, la represión estatal y el desarraigo político, podría decirse que es un país auto condenado a vivir en conflicto.

(...) más de 50 años de conflicto armado en nuestro país. Revela la enorme magnitud, ferocidad y degradación de la guerra librada, y las graves consecuencias e

impactos sobre la población civil. Se trata de una guerra difícil de explicar no solo por su carácter prolongado y por los diversos motivos y razones que la asisten, sino por la participación cambiante de múltiples actores legales e ilegales, por su extensión geográfica y por las particularidades que asume en cada región del campo y en las ciudades, así como por su imbricación con las otras violencias que azotan al país. (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2013, sección resumen)

En ese contexto Alas de Xué nació como una organización de la mirada de algunos estudiantes sin la intención de girar el curso de sus vidas a observar el mundo desde otro lugar. Su origen no fue una coincidencia, sino una necesidad: Colombia atravesaba una de sus décadas más duras en términos educativos, específicamente de la educación superior. Por aquellos años se vivía una etapa de privatización y la desfinanciación se habían intensificado, incluso se congelaron los aportes que previamente se habían asignado a las universidades por la ley 30 de 1992, obligando a las universidades a asumir responsabilidades legales como la ampliación de cobertura, la cualificación docente y el aumento de la investigación. (Rodas, 2024). Sumándole el incremento de dinámicas de intimidación, este colectivo eligió nacer como alternativa libertaria.



Figura 3. Carátula Periódico universitario. El Eco N° 5 1992. Fuente: Archivo personal. Amadeo Clavijo Ramírez

Nacida en el segundo semestre de 1998, Alas de Xué se gestó como una alternativa cultural y política, dándole peso al pensamiento anarquista-libertario, apostó por iniciar con un espacio de reflexión escrita, lanzando la revista *Convergencia Intelectual*, una escritura desde la reflexión y el empalme sustancial de las dinámicas académicas. Fue pronto cuando se cayó en cuenta de que un espíritu libertario debe comprometerse con la experiencia vivida sustancial, o como dicen 'o si

no, no hay nada' así que no solo la escritura sino la voz en la consigna y la mirada en el otro eran también formas de pensamiento.

La acción directa¹⁷ fue tornándose en un eje central del espacio de Alas de Xué, se era contestatario en las palabras, pero "rayar dos embajadas", era heroico. Se entendía que los espacios de estudio y de reflexión eran una construcción teórica del conocimiento, y este era necesario a veces incluso para darle validez a nuestros sueños. Primero tenemos que construirlo, soñarlo, ponerlo en palabras para luego lograrlo. Así, la acción directa eran pinos a la construcción de los sueños de una Latinoamérica emancipada del poder de las oligarquías, y de los fanfarrones discursos pro colonialismo.

Fue así como la confrontación callejera se volvió un eje central de su práctica organizativa. No como violencia ciega, sino como resistencia viva, como forma de decir 'aquí estamos' frente a un sistema que margina, silencia y borra.

El nombre mismo del colectivo -a quién me he tomado el tiempo de reseñar en este trabajo- era un intento de rescatar desde el olvido una de las muchas formas en la que los estudiantes de la UPN han encontrado para desafiar y modelar la construcción de sus utopías y sus mundos posibles. Alas de Xué significa *la libertad del sol*, una imagen poderosa que condensa su horizonte político: recuperar el pasado, reafirmar el presente y construir el futuro. No se trata de nostalgia, sino de memoria activa; de traer de vuelta historias soterradas para ponerlas al servicio del ahora. En esa línea, uno de los pilares fundamentales del colectivo fue la recuperación histórica de la memoria. Dentro del proceso de lo que fuera la campaña de autodescubrimiento *500 años de resistencia*

¹⁷ Aunque está usualmente asociada con actos que involucran violencia (como tropeles o actos 'vandálicos'), su significado es más amplio y abarca una extensa cantidad de acciones políticas cuya particularidad es que no están mediadas por el aparato estatal o las formas tradicionales de representación política. Por el contrario, encuentra su manifestación en la autoorganización y la espontaneidad. Algunos ejemplos de acción directa son: boicots a la producción, tomas de fábrica o el movimiento Okupa.

indígena, Negra y Popular, adelantada con organizaciones indígenas y campesinas como la ONIC¹⁸, el CRIC, la ANUC¹⁹ y las comunidades de la Sierra Nevada de Santamarta - específicamente con los Kankuamos-. En este proceso el trabajo de archivo fue importante como práctica militante, que al final se lleva el mismo mérito de su postulación en este apartado.



Figura 4. Panfleto. Encuentro de Nacional de Estudiantes 500 años. Fuente: Archivo personal Amadeo Clavijo Ramírez

Este compromiso cobra un valor particular en la figura de Amadeo, cuyo trabajo de archivo e investigativo sobre el anarquismo -como bien vimos- no se quedó en pausa luego de que Alas de Xué dejara de estar activa. Se convirtió en una pasión para él, se volvió su horizonte en la vida, se fue tejiendo junto con su trabajo como profesor, como amigo y como lector. Se ha centrado en

¹⁸ Organización Nacional Indígena de Colombia.

¹⁹ Asociación Nacional de Usuarios Campesinos.

rescatar trayectorias y luchas desde los márgenes, registrando lo que muchas veces no figura en los libros oficiales. Para él la investigación no es una tarea académica aislada: es una acción política y afectiva, que se traduce en difusión, en memoria compartida, en documentos que se resisten al olvido.

En 1998 Alas de Xué convoca la primera edición de las jornadas libertarias en Colombia, que se replicaron en el 2001, y a partir de las cuales surgió la Coordinadora Libertaria Banderas Negras; y dónde posteriormente, en el 2004, se gestaba también la semilla de La Cruz Negra Anarquista. Y así una álgida temporada de organizaciones y colectivos muy importantes de los años dos mil como La Red Libertaria Popular Mateo Kramer. Fue aquí donde Marco y Omar tuvieron sus espacios de incidencia, en las marchas, el pogo y el punk, las confrontaciones con el ESMAD y alrededor de hechos que impactaron a toda la cultura revolucionaria como lo fue el asesinato de Nicolás Neira, de dónde surgieron colectivos en solidaridad y en rechazo a los actos de abuso policial que se daban en las protestas, como el Colectivo 6 de Mayo de la Red Libertaria Popular Mateo Kramer, el frente antifascista Nicolas Neira y la Biblioteca Nicolas Neira del Centro Cultural Tierra Negra (Mariño, 2021, pg. 268).

La coordinadora se define como una ‘organización de *Acción y teoría libertaria*’ que reunió a organizaciones que se acogieron en el auge de las jornadas libertarias, entre ellas, La Cruz Negra Anarquista con activistas que participaban en el Centro de Estudios Libertarios (CEL), una organización Anti carcelaria donde Marco tendría mucha presencia.

Entonces en esa época estuve como activo tanto en marchas, cuando convocaba en marcha siempre iba como con el bloque anarquista, el bloque de banderas negras y ya ahí empecé a partir, ya me fui haciendo, hablando con algunos y ya entonces nos veíamos en conciertos, ya empecé a comprar, se vendían muchos folleticos, muchos cuadernillos de información,

entonces ya empecé más en una lectura práctica activa y empecé a estar cercano a varios procesos que se gestaron en esa época. Por ejemplo, la coordinadora libertaria Banderas Negras se gestó, también lo de la cruz negra anarquista, que ahí estaba Marco y otra gente, ellos crearon un periódico que se llamaba bifurcación, yo todo eso lo compraba, me lo llevaba, lo leía. (Omar Ardila, Comunicación Personal, mayo 2025)

Cuando Omar estuvo en La Grieta²⁰ su participación fue activa. También llegó a participar de la *Editorial Gato Negro*, donde trabajó junto con Oscar Vargas escribiendo una Antología de Poesía Anarquista, relación que posteriormente se diluyó, igual que su participación en La Grieta. En Anarcol tuvo una participación como escritor y trabajó en varios productos sobre la cultura Anarquista en este blog que luego se cerró.

Se llamaba Anarcol y ese era como un blog que se creó entre varios grupos para circular ahí formación de actividades anarquistas en Bogotá y también como publicar cosas, entonces yo empecé a mandar información y me la publicaban pero especialmente como desde mi literatura entonces como referencias acerca del anarquismo, y como algunas cosas así, poemas y eso, yo empecé a mandar y ahí me lo publicaron, me publicaban ahí en el Anarcol, ese blog, eso desapareció pero creo que Marco era uno de los que manejaba eso. (Omar Ardila, Comunicación personal, 2025)

En el año 2018 Omar publica el libro *El gesto exterminador de un anarquista: Aforismos de Vargas Vila, editado por la Valija de fuego*. Amadeo, vargasviliano acérrimo quien en 2014 había publicado el libro: *José María Vargas Vila: Anarquía, Insumisión y Herejía*, por cuestiones del azar asiste luego de leer un cartel en la entrada de la Biblioteca Luis Ángel Arango. Su asistencia

²⁰ Inicialmente nombrado como Centro cultural Ácrata, el Centro Social La Grieta se formó en el 2011, en donde se realizaban, talleres de autogestión, cine foros, de gesta la radio virtual Patente de Corso, y todo esto activamente a lo largo de un año y un poco más. (Mariño, 2021, pg. 287)

al evento será el primer contacto con Omar y marco, poniendo fin a un periodo de ensimismamiento voluntario y abriendo paso a un camino nuevo luego de cinco años de crianza y paternidad:

Me gustó mucho, empezó como la conversación, entonces yo le pregunté sobre qué de anárquico veía él en la obra de Vargas Vila, entonces el hombre me comentó y ahí tuvimos algunas diferencias sobre conceptos, yo le decía que, pues que yo no podía decir que Vargas Vila fuera anarquista, pero sí podía decir que era una gran contribución a la anarquización de la literatura de su época, porque para mí Vargas Vila anarquiza las letras del momento histórico en que él estaba. Entonces ahí hubo una bonita discusión, a Omar le gustó mucho ese concepto de anarquizar las letras y estuvimos charlando. (Amadeo Clavijo R. Comunicación personal. Mayo 2025)

Y así la vida les fue uniendo en espacios que ellos mismos iban tomando, al principio solo conocían sus nombres, los lugares donde alguna vez estuvieron, sus fuerzas se unían como se entrecruzan las raíces de los árboles, sus apuestas políticas y sus coincidencias los fueron llevando a un camino que luego los cruzaría por completo.

Capítulo 3

¡CAMARADAS A LAS ARMAS!

La lucha de la historia por ser contada

La pluma del rebelde es borrasca que tala y fecundiza. Es el infierno exterminado, el cielo, es lengua de fuego que calcina los cimientos donde reposa la sociedad prostituida: es la voz del abismo en rebelión: es la ronca carcajada del látigo colérico que hace estremecer de pavor a los tiranos... y hace arder el aroma del huerto en floración ofrendando sus perfumes a las aves; tierno gemido de arpas babilónicas; beso rojo de amor para el que sufre.

(Blanca de Moncaleano. Pensamiento rojo. 1913 P.2)

Desde hace casi un centenar de años que conocemos a Colombia como lo que es hoy día, después de invasiones e independencias, después de guerras internas casi tan viejas como la misma Colombia, ¿Por qué sería importante, hoy por hoy escribir sobre la historia del anarquismo? Tantos años después y en un país como el nuestro, donde la iglesia y el Estado siempre han gobernado de la mano y han sido el pilar gubernamental del territorio, donde no ha habido dictaduras de manera amplia pero el autoritarismo de la democracia ha gobernado a costa de armas y sangre. ¿Será importante que se sepa que en este país siempre ha habido personas que piensan una Colombia diferente, incluso hace más de cien años?

Cuando se habla de anarquismo en Latinoamérica, encontramos que Colombia no ha sido un precursor de él o una fuente de acervos ácratas fructífera como referente mundial. Al contrario, Colombia siempre ha sido un país que, a pesar de las guerras sectarias promovidas por una élite hegemónica -me voy a tomar arbitrariamente el derecho de decir- poco le ha conmovido esa

historia y siempre ha estado bien relacionado con las hegemonías internas y externas. Un país exportador que actúa como una buena tienda de abarrotes y que tiene todo siempre muy barato, presto para la exportación. Se podría decir que es el gran amigo que está disponible para colaborar, que va todos los domingos a misa y tiene la mano firme para confrontar cualquier tipo de influencia ideológica que no provenga del norte.

Así ha sido durante más de un siglo. Muy entusiasmado por las modas pro “sueño americano”, el país del café -para compartir en la tarde de su casa-, ha sido siempre muy amable y muy buen vecino con el norte, reproduciendo y multiplicando la narrativa imperial: específicamente la Doctrina Monroe²¹ y el destino manifiesto²². Así, ha pretendido esquivar y ocultar la historia alimentada por muchas memorias que nos hablan de libertad, resistencia y anti hegemonías; memorias que se hacen historia y que ahora brotan desde abajo, desde los márgenes, permitiéndonos un amplio abrevadero de donde tomar para entender y reconocer las ideas que se gestaban dentro del país. Memorias en pro de la revolución, de la equidad, de la caída de toda forma de opresión y por la búsqueda del camino hacia la libertad.

Ahora es importante resolver desde el fondo de lo desconocido. Distinto a lo que aparece en la historia oficial del país, el PCC no fue la única alternativa revolucionaria que se gestó en las tierras del sagrado corazón. A pesar de la persecución política seguían existiendo formas de resistir a la dominación clerical y estatal, encarnadas por revolucionarios que morían por construir un cielo cubierto con el sol de los principios del amor y la solidaridad entre todos nosotros.

²¹ Se refiere a la política exterior estadounidense adoptada bajo la presidencia de James Monroe en 1823 que tenía por objetivo establecer un orden mundial en el que Estados Unidos se estableciera como la hegemonía del continente americano, mientras limitaba el rol de Europa por considerarla un peligro para el ascenso del imperio estadounidense.

²² Es una idea que sostiene que Estados Unidos tiene como misión providencial expandir sus fronteras, expandiendo también sus valores.

Vivimos en una coyuntura particularmente tensionante y convulsa, como si pidiese a gritos que algo sucediera. Nueve años después de un “acuerdo de paz” —que ni se sabe qué tiene de paz ni de acuerdo— nos encontramos en medio de una crisis civilizatoria sin precedentes, con amenaza de guerras nucleares, biológicas, ideológicas y culturales que tocan a nuestra puerta, y con un imperio que, en su caída, se aferra tercamente a los ideales del monroísmo y de la *Realpolitik*²³. En un mundo globalizado que terminó por detonar conflictos económicos y sociales de manera exponencial gracias al crecimiento desmedido de los monopolios y al acaparamiento de los bienes naturales, vivimos hoy bajo un capitalismo voraz que, entre más se alimenta, menos saciado está, y en el que todo parece desmoronarse de a poco.

Ahora mismo, todo parece construido de un sueño apocalíptico de un escritor de los años treinta, donde las telecomunicaciones dominan el mundo y la vida digital tiene el poder de poner los ojos en cada persona a lo largo del mundo occidental. La cultura de la cancelación, la persecución política, racial, ideológica, un panorama político rodeado de xenofobia y conflictos migratorios han terminado por construir fronteras con púas tanto físicas como simbólicas. Nadie es parte de nada y la desigualdad no da tregua.

Y allí es donde las preguntas encuentran su fuerza y su talante. ¿Por qué es importante devolvernos en el camino? ¿Por qué es importante creer que se deben buscar formas distintas de vivir y existir en el mundo? Si hubo ya alguien en este territorio que se haya pensado un mundo diferente, o solo basta con saber que la polarización fue un periodo sangriento y que el mundo está como debe ser. Es en esta caótica realidad que nos agobia, y en esa búsqueda incesante, que brota

²³ Término de origen alemán que se refiere a una forma de hacer política basada en criterios pragmáticos —intereses, correlación de fuerzas y resultados concretos— más que en principios éticos, ideológicos o normativos abstractos. Se asocia a la toma de decisiones orientadas por lo posible y lo eficaz, no necesariamente por lo deseable. En el contexto de la política exterior norteamericana fue Teodoro Roosevelt a inicios del siglo XX, quien llevó a la práctica este concepto, constituyéndolo en política de estado.

esta propuesta llamada *Colección Ramal*; una rama más de ese tronco que resiste a los vaivenes del tiempo. *La Valija de Fuego* librería y editorial. Nacida para hacer arder los pensamientos, *Ramal* aporta de sus hojarascas la materia prima para forjar un incendio de las ideas, de donde a manera de ave fénix nietzscheano, renacerá la utopía.

Como dije anteriormente, hay relativamente poco recorrido frente a otras posturas de pensamiento, podríamos decir que en el entendimiento global el anarquismo gana la partida en ser la propuesta diametralmente contraria al sistema estatal ‘democrático’ como pretendemos llamar a aquella herencia de castas que funciona aquí en el país. Y diría que es precisamente en este mapa integral, en ese lugar en el que deberíamos iniciar por considerar si la democracia ha sido un sistema que se ha materializado en el país, que al menos ha podido establecerse en todo el territorio; y si ha respondido a las necesidades del territorio, de las selvas y las calles de todo el país. En un clima tan biodiverso, ¿La democracia ha tenido el suficiente tiempo para recorrer cada rincón? Esa es la gran pregunta. Se sabe que los centros urbanos -debido a la centralización- son el referente con el que se mide el sistema, si funciona allí, funciona en todo, y si es así, ¿está escrita la historia, es una verdad absoluta?

En el tránsito convulso de Colombia entre guerras civiles, entre el centralismo conservador y los albores de una modernización desigual, apareció la figura de Biófilo Panclasta, un viajero insurgente que encarnó la disidencia en un país donde el poder político se repartía entre élites y partidos tradicionales. Colombia, con su territorio diverso y fragmentado, con cordilleras que dividen, selvas que aíslan, y mares que abren puertas, fue también escenario de exclusiones profundas: campesinos, indígenas y trabajadores quedaron relegados de los proyectos de nación. En ese paisaje, la voz de Panclasta resonó como un eco incómodo que denunciaba el peso del clero, la rigidez del Estado y la voracidad del capital extranjero, anticipando que el territorio no era solo

un recurso para el dominio, sino también un espacio para la rebeldía. Así, su vida errante y su palabra incendiaria se inscriben en las fisuras de un país que nunca dejó de debatirse entre el orden impuesto y la insumisión de los olvidados.

Hablar de Biófilo Panclasta es evocar la incomodidad de un tiempo que no cabe en los relatos oficiales. Su vida, errante y contradictoria, lo convirtió en un ícono cultural del anarquismo hispanoamericano, más mito que biografía comprobable, pero en esa mitología radica su potencia política: un poeta de la insurrección que atravesó cárceles y países, siempre levantando la voz contra el clero, el Estado y la burguesía.

Antecede a la publicación de la colección Ramal, otros trabajos sobre este controvertido pensador anarquista: Biófilo Panclasta el eterno prisionero: Aventuras y desventuras de un Anarquista Colombiano del Proyecto Cultural Alas de Xué (1992), La revolución soy yo (1999) y Biófilo Panclasta: El apóstol anarquista (2018) estos dos últimos de Orlando Villanueva Martínez en donde amplía lo presentado en el libro de 1992, publicación en la que participó como coautor. Es importante precisar que antes de las mencionadas investigaciones, las referencias a Biófilo eran escasas y no pasaban de ser artículos cortos, de los cuales el que más se destacaba era el de Osorio Lizarazo titulado "Biófilo Panclasta: el anarquista colombiano, amigo y compañero de Lenin, que conoció los horrores de la estepa de Siberia" (El tiempo 12 de febrero de 1939).

En su trabajo sobre Biófilo Panclasta, Orlando Villanueva advierte que no se trata de erigirlo en un héroe con biografía exacta y verificable, sino de comprenderlo como un símbolo cultural y político. Para él, el interés de Panclasta radica menos en la fidelidad histórica de cada episodio narrado y más en el lugar que ocupa como mito libertario dentro de la memoria de las luchas populares en Colombia, donde su figura errante encarna la potencia de la disidencia anarquista más allá de las pruebas documentales estrictas (Villanueva Martínez, 1999). Desde esta

mirada, su legado puede inscribirse en lo que Silvia Rivera Cusicanqui denomina memoria larga, es decir, la capacidad de ciertos pasados rebeldes de seguir interpelando al presente y resistir el olvido.

La *Colección Ramal* en su primera entrega hace una excelente introducción a lo que serán el resto de sus publicaciones: un trabajo de archivo que busca sostener y presentar las vidas de exponentes inspirados por la libertad en la lucha por el camino de la emancipación. En el trabajo de darle voz y espacio a estos sujetos, este primer texto titulado “Amante de la vida destructor de todo- Biófilo Panclasta”, tiene el foco y cada reflector casi literalmente -si hablamos de su obra de teatro- sobre Biófilo Panclasta. Así, se destacó por primera vez el trabajo que ha hecho la colección en hacer predominante la fuente de primera mano y darle voz a ese lugar del sujeto al que están abordando.

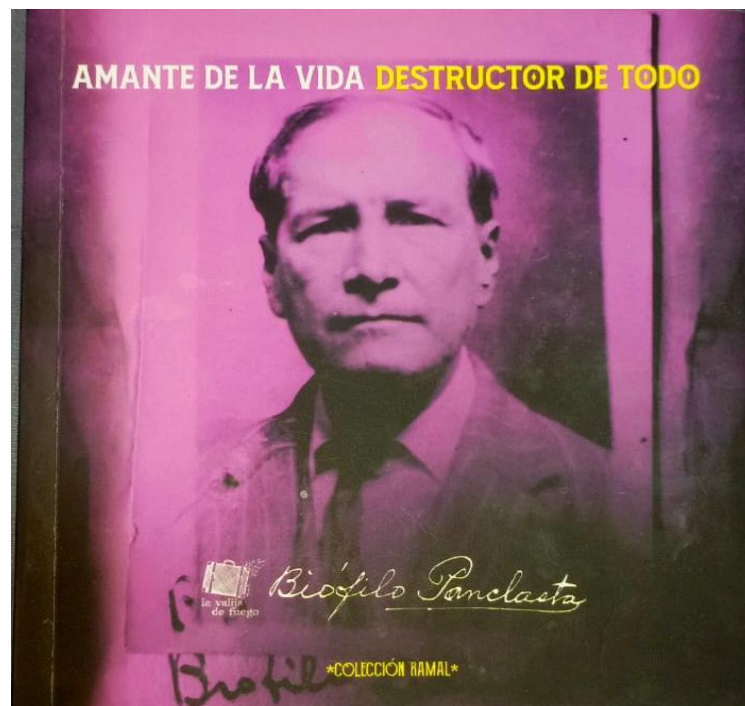


Figura 5. Carátula Libro Amante de la vida destructor de todo. Fuente: Archivo Colección Ramal - La Valija de Fuego Editorial.

Empezamos esta colección no con un análisis en el que se ponga como tercera persona a quienes escribieron las historias y recorrieron los caminos que hacen parte de las sendas

bifurcadas del anarquismo, sino que por el contrario, creemos en la necesidad de que las voces en primera persona hagan parte de este proceso de conocimiento e interpretación de las diversas historias del anarquismo colombiano. (Atarka Rebel, 2022, p. 16)

Este libro es el primero de una amplia exposición de sujetos políticos que defienden ideas abiertamente revolucionarias y libertarias, contrarias al comunismo, alejadas radicalmente de la opresión y el acaparamiento. De esta forma se introduce al lector en las intenciones de la colección: dar un espacio y una voz a los hallazgos encontrados en el trabajo de archivo desarrollado.

Encontramos así, de primera mano, “Correspondencia entre Federico García Godoy y Biófilo Panclasta” del año 1910, una obra escrita por José Assad en 1983 sobre Biófilo Panclasta, titulada con su nombre, y por último, un texto escrito por Panclasta titulado *¡Valmy Colombiana!*

Para iniciar, esta correspondencia relata el debate sostenido entre el mitológico Biófilo y el señor Federico García Godoy, un señor dominicano de origen cubano; en donde Biófilo, en uno de los artículos que publica en el diario El tiempo, parece ofender a Federico por, como él lo llama, un “gesto de desdén para la mentalidad dominicana”. Por lo que escribe Biófilo y le cita:

Hablar hoy día en Europa, en la Argentina o Chile, de socialismo sería disgustoso y baladí; allí eso, lo último, que la religión de la humanidad y el liberalismo y el jacobinismo ya pasaron de moda. Pero en Santo Domingo todo esto es nuevo. (Clavijo, Ardila y Sosa, 2022, p. 30)

Desde allí se empieza a desarrollar una intelectual discusión sobre la presencia o no de los sentidos revolucionarios en América Latina, donde cada uno expone a sus anchas sus latencias y conocimientos sobre este horizonte revolucionario. Federico, obviando la atemporalidad de la presencia revolucionaria y Biófilo, destacando que en Santo Domingo hay un “retraso de la evolución moral”. Con esto último, Biófilo se declara completamente anarquista y destaca que la

práctica de esta moral lo desvirtúa y lo convierte en algo distinto al ideal por el hecho de estar caminando hacia la utopía.

Así, esta correspondencia de Biófilo logra desvanecer la figura mitológica que tanto le acredita, configurando su estadía puntual allí como una precaria y copiosa de enfermedad; postrado en su cama, mientras que con esfuerzo y mucha intensidad por respetar la interlocución de Federico intenta dar respuesta a sus discrepancias intelectuales. La fragilidad le otorga una consistencia humana que el tiempo y la negación de su existencia le había estado expropiando hasta convertirlo en una entidad fuera de su coyuntura.

De la misma manera, Biófilo logra dar puntadas severas frente a los ideales individualistas y colectivistas del anarquismo, entendiendo que al final todos buscan un sistema que humanice la vida, aunque de distintos modos. Pero, nos dice, será importante reconocer la ambigüedad humana para poder atinar a uno que modifique los dogmas, en tanto el humano es de la misma forma ‘egoísta como altruista, yoísmo y sociedad’. (Clavijo, Ardila y Sosa, 2022). El intercambio epistolar que presenta el libro, como lo decía anteriormente, humaniza a Biófilo ya que le permite hablar en primera persona de sus dolores físicos, de sus exilios y como apasionadamente defiende sus posturas coyunturales desde el anarquismo y el camino hacia la utopía; reconoce tanto la emergencia de la persona que padece los dolores físicos (Ramón Felipe Lizcano), como también la memoria social y política que pervive en la figura de Biófilo Panclasta.

En *Oprimidos, pero no vencidos*, Rivera Cusicanqui (1984) sostiene que la memoria larga “reformula los términos de la memoria corta ” (...) (p. 14). No se trata de acumular cronologías, sino de un mecanismo cognoscitivo que enlaza luchas ancestrales y contemporáneas, mostrando la persistencia de estructuras coloniales y raciales en el presente. La memoria larga, vinculada a la figura de Tupak Katari en el caso boliviano, se convierte así en una herramienta para pensar ‘otra

historia’, aquella que los poderes hegemónicos han querido negar, pero que retorna con fuerza en la práctica social de los pueblos.

En contraste, la memoria corta se vincula a los sucesos inmediatos, a coyunturas y pactos recientes que muchas veces fragmentan la comprensión del proceso histórico. Rivera Cusicanqui la asocia, por ejemplo, a la Revolución del 52 en Bolivia y sus pactos campesino-estatales. Si lo trasladamos al caso colombiano, la memoria corta se refleja en la manera en que se narran las reformas económicas, los gobiernos de turno o las crisis puntuales como la recesión de 1999 o el Paro Nacional de 2021. Sin embargo, al leer esa misma línea de tiempo desde la memoria larga, se advierte un hilo profundo: la persistencia del extractivismo, la exclusión de amplios sectores sociales y la continuidad de las luchas populares frente al Estado y al capital. La memoria corta fragmenta; la memoria larga teje.

En este sentido, escribir sobre exponentes del anarquismo en Colombia, como Biófilo Panclasta, implica un tránsito consciente desde la memoria larga hacia la revisión conceptual de la memoria corta como una apuesta por tensionar sus sentidos acaparadores y limitantes de la historia. Panclasta no es solo una anécdota excéntrica, sino parte de una genealogía de rebeldías que conecta la utopía anarquista con las resistencias campesinas, indígenas y obreras frente a la opresión. Como recuerda Rivera Cusicanqui (1984), las memorias largas “impiden perder de vista (...) que la ocupación no ha cesado” (p.12); por ello, rescatar voces como la de Panclasta abre la posibilidad de repensar nuestras luchas actuales a partir de las insumisiones que nos precedieron. Se trata de una forma de justicia histórica: articular la persistencia de las resistencias de largo aliento con las coyunturas inmediatas, para que el presente no sea un espejo roto, sino un tejido vivo entre lo que fue y lo que todavía puede ser.

Poder encontrar estos textos de Biófilo nos abre las puertas a una idea que se ha construido en el caminar de lo que es nuestra patria que atemporalmente se teje con el paso del tiempo en nuestro existir. Precisamente, se trata de poder tomar esta lectura hoy por hoy y entender que todavía hay mucho por hacer, que la anarquía para Biófilo no era un estado perfecto de paz y delirio, sino una lucha por encontrar la forma, como parafraseo la cita Biófilo a Stirner “satisfacer las necesidades de la vida – ya que- no deben ser un tormento para nadie” como ‘fundamento de todo ideal revolucionario’. (Clavijo, Ardila y Sosa, 2022, p. 44)

Las conquistas de archivo que tiene este primer libro son una certera proeza de lo que la cultura colombiana ha estado ocultando sobre la historia anarquista en el país. Biófilo como mito era una figura, si bien revolucionaria, alejada de lo que era la verdad para el país. Era un aventurero trotamundos del que no se conoció forma, pero a quien esta recopilación de vida le da aliento y le devuelve la razón; en tanto, como memoria larga, Biófilo y sus ideas siguen siendo un mito, sí, pero que está por construirse.

La colección continuó el mismo año con la exposición del libro “Blanca de Moncaleano y el Triunfo de la Anarquía- Pionera del anarquismo en Colombia”. Este libro ha sido muy importante para Ramal, ya que ha traído consigo una secuencia de descubrimientos muy sólidos que verdaderamente han significado para la colección recorrer una suerte de camino del héroe. Desde los primeros acercamientos, pasando por encontrar similitudes de escritura y formular hipótesis, para después hallar sustento y así poco a poco ir dando con más información, más datos, más textos. Es todo esto lo que se ha convertido en un camino, en un andar por la vida de ellos tres.

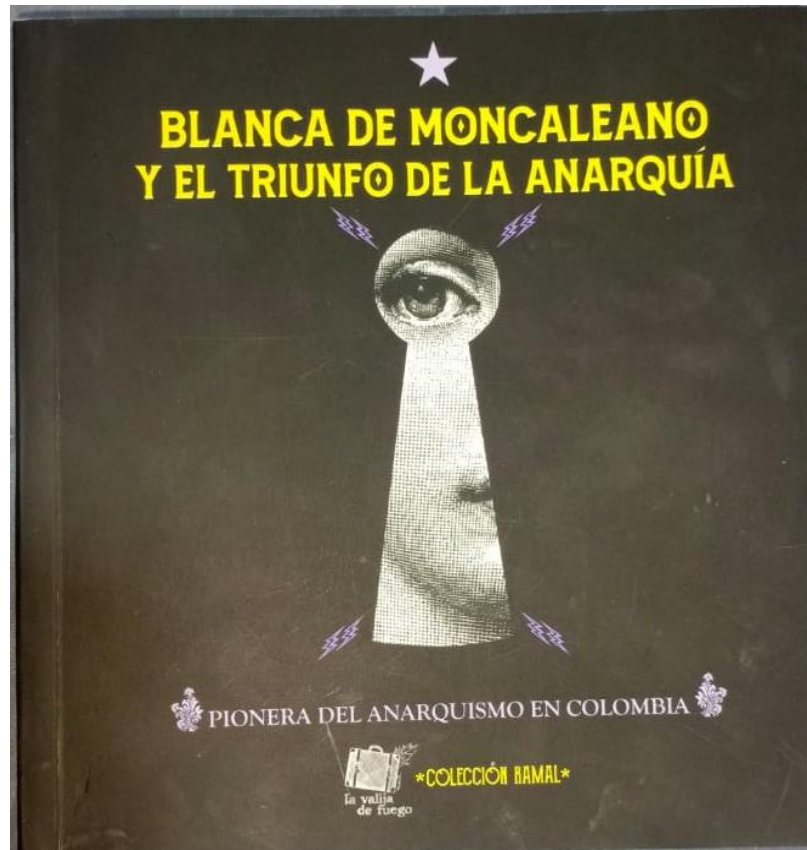


Figura 6. Caratula Libro Blanca Moncaleano y el triunfo de la anarquía. Fuente: Archivo Colección Ramal - La Valija de Fuego Editorial.

Blanca de Moncaleano ha sido una voz, un espíritu que les llamó al andar, a indagar y a escudriñar los senderos de un alma que devoraba con su sentir los espacios más profundos de la conciencia revolucionaria. Un alma que se posicionaba en la libertad y en la disciplina, que militaba con fuerza y vigorosidad la vida del libertario.

La pesquisa de los artículos del periódico El Ravachol de Colombia, del periódico ¡Tierra! de Cuba, del periódico de Regeneración de México, del periódico Aurora social de Costa Rica y del periódico Pluma Roja de los Ángeles, California, que fueron todas fuentes primarias, recuperadas por el equipo editorial de este texto merece profunda admiración en una tarea nada fácil de completar, ante la débil existencia de documentación y bibliografía sobre la participación de las mujeres en el seno del movimiento anarquista, especialmente el colombiano. (Clavijo, Ardila y Sosa, 2022, p. 11)

Los mismos autores lo delatan citando a Bellucci (2008), conscientes de cómo la no presencia de las mujeres en los discursos políticos claramente responde a una invasión masculinizada de los espacios, no solo de poder, sino de escucha, de lectura, de ocio y de socialización política. Por lo que fue vital y urgente encontrar a una mujer de esta época reclamando la escritura como un escenario de disputa y de lucha política, incluso aunque tuviese que esconder su nombre u obviarlo, -entendiendo y trabajando en el contexto que tenía- entendía que esta era una forma contundente de entregar su alma y su conciencia a la libertad. Que convirtiese su letra (sin ser ella misma Anarco-feminista) en un referente hoy por hoy de un feminismo que aboga por las libertades, la educación, la emancipación de la opresión e incluso - me atrevo a decir- la construcción del cuidado de las infancias, fue un paso sustancial en la consolidación de una utopía para la revolución.

Por esto, y por lo que expondré a continuación, es que particularmente este libro representa para la *Colección Ramal* un trabajo de archivo como ningún otro, donde el corazón y el alma se posaron en el encuentro de los textos de Blanca y desde donde se tejió y se sigue tejiendo, hoy por hoy, un diálogo profundo de hazañas, de saberes, de ilusiones y de mundos posibles dentro de la libertad y la fraternidad real.

Tiemblo de emoción... treinta y cinco años han pasado... ¿Cómo no lo vi antes? Comparo los artículos y conmocionado por el impacto aún no lo puedo creer, ¡La religión del porvenir del Ravachol y Hacia el porvenir de Regeneración son los mismos textos!, claro, el segundo mucho más ampliado y maduro. Continúo en mis búsquedas y poco a poco van emergiendo otros escritos; he logrado compenetrarme tanto con ella que pronto puedo diferenciar su voz y entonación de las otras voces impresas en Ravachol, sin

embargo, me queda una pregunta rondando: ¿Por qué razones no firma los artículos?
(Clavijo, 2022, p. 26)

3.1. Vivir como acción directa

La acción entre el archivo y la teoría

Hay archivos que no se abren con las manos, sino con el pecho. Son archivos que tiemblan cuando uno los mira, porque no son meros objetos del pasado, sino presencias vivas que se resisten a ser clasificadas. En ellos habita una verdad que no se deja atrapar por los métodos ni las teorías; una verdad que exige sentir, que nos exige desarmarnos para escuchar.

Claudia Mosquera Rosero-Labbé (2009) lo dice con una claridad que duele: “El saber de acción no es un saber de laboratorio, sino de cuerpo, de territorio, de afecto. Es la respuesta creativa y política de quienes han debido rehacerse a sí mismos en medio del despojo.” (p. 15)

Antes de que el archivo se volviera una categoría, fue una experiencia. Ninguno de ellos llegó a estos materiales desde un método claro. Lo que aparece en sus relatos no es una búsqueda ordenada, sino encuentros parciales, desvíos, acumulaciones que no terminaban de tener forma.

Omar, por ejemplo, no llega desde una certeza, sino desde una incomodidad. Leer no le organiza el mundo, se lo fragmenta. Cada texto abre versiones distintas, contradicciones que no se resuelven, preguntas que no se dejan cerrar.

En Marco, en cambio, el vínculo empieza por otro lado: guardar, recoger, hacer circular. Antes de cualquier intención de archivo, ya había una práctica constante de conservar cosas que parecían no tener lugar.

Y en Amadeo, el punto de entrada es aún más difuso: un libro encontrado sin haber sido buscado, una impresión que no se entiende del todo, pero que permanece.

Esa frase podría ser la llave de este recorrido. El archivo, en su sentido más profundo, es un cuerpo colectivo que se rehace. Cada fragmento de memoria, cada silencio recuperado, participa de ese mismo movimiento: rehacerse después del despojo, de lo que podría ser el despojo del propio nombre y de la propia voz, reconstruir la vida desde la pérdida. Y allí, el trabajo del investigador o de la investigadora sensible se vuelve también una práctica de reparación: una manera de sostener el eco de quienes todavía buscan ser oídos.

Silvia Rivera Cusicanqui (1984) nombra algo similar cuando señala que la historia de los pueblos aymaras y qhechwas no se puede comprender sin su carga emocional y simbólica, sin reconocer que “(...) la memoria es un acto político y afectivo a la vez, un espacio donde el dolor se vuelve pensamiento y el pensamiento se vuelve acción.” (p. 18).

Ambas, Mosquera y Cusicanqui, coinciden en que el conocimiento nace de la emoción y del territorio, no del distanciamiento. El archivo, entonces, es una extensión del cuerpo colectivo, un lugar donde los afectos se sedimentan como historia. Y cuando uno se encuentra con esas huellas, cuando se reconoce en una voz que fue silenciada hace décadas, lo que ocurre no es sólo comprensión: es una emoción profunda, un temblor que revela la continuidad de la vida a través del tiempo.

Por eso Mosquera (2009) puede afirmar: “El pluralismo epistémico es, ante todo, una ética del reconocimiento. Supone aceptar que en los márgenes del conocimiento dominante habitan otras verdades, necesarias para la reparación simbólica y política de los pueblos desplazados.” (p.22)

Hay algo que se repite cuando hablan de sus búsquedas: casi nada de lo importante fue encontrado de manera directa. Los materiales aparecen de forma lateral. Un documento lleva a

otro, una referencia abre una ruta inesperada, un nombre se repite hasta volverse insistente. Esa forma de moverse implica aceptar que no hay control total del proceso; que el archivo no se conquista: se atraviesa. Y en ese atravesarlo, el cuerpo no es secundario. La reacción aparece antes que la interpretación, la sorpresa, desconcierto, incluso una forma de conmoción difícil de nombrar.

Sí, yo creo que ahí todos estamos de acuerdo en que no tenemos un formato, digamos, no llevamos una línea... sino que precisamente como lo demanda, el accionar anarquista... es como espontáneo, ¿no es cierto? Van surgiendo las ideas, van surgiendo los actores, van surgiendo los momentos... (Amadeo Clavijo, Comunicación personal, marzo 2026)

Esa “ética del reconocimiento” es también una ética del sentir. Reconocer la verdad del otro, del desplazado, del olvidado, del oprimido, no es un gesto intelectual: es una disposición emocional y política. Y en esa línea, el archivo se convierte en escenario de emancipación, porque nos obliga a mirar sin jerarquía: a aceptar que hay muchas formas de saber, muchas formas de verdad. Nuestra labor ha sido la de cuando el rumor se convierte en información... cosas que eran rumores, eran cosas de cafería... hemos podido ubicar cosas que se han vuelto información... eso es también parte de la historia de los desposeídos... (Marco Sosa, Comunicación personal, marzo 2026).

Blanca de Moncaleano, con su fuego de inicios del siglo XX no hablaba de epistemologías, pero encarnaba lo que hoy podríamos llamar una episteme insurgente, escrita desde la precariedad, desde el exilio, desde la rabia y el amor. Blanca fue una de las primeras en declarar que el pensamiento debía ser una protesta constante y liberadora de la esclavitud, que la revolución no podía separarse de la dignidad. Sus textos, sus manifiestos, sus cartas, son también archivos de emoción: una forma de conocimiento hecha de sangre, de duda, de deseo.

El archivo se convierte en un espacio de insumisión que se complejiza en lo que la colección puede abordar y encontrar, que trabaja en ser un lugar y una oportunidad de declarar sobre la verdad, una verdad que no se decreta, se escucha, se dibuja y se entrelaza. La verdad, en sus voces, no es un concepto, sino una presencia que se revela a quien está dispuesto a sentirla.

Y cuando esa verdad se manifiesta, en un documento, en una voz, en un gesto, ocurre algo parecido al reencuentro. Amadeo se ha podido encontrar con Blanca en el pasado y así se encuentra a sí mismo en la búsqueda de lo que es para este país la historia de la lucha por la libertad, no simplemente la beligerancia con la que han escrito y hablado del concepto del Anarquismo. Llegar a Blanca no fue un descubrimiento inmediato, no apareció como una figura clara desde el inicio, ni como un nombre fijo al que se pudiera seguir con facilidad. Durante mucho tiempo, su presencia fue fragmentaria: textos sin firma evidente, referencias cruzadas, menciones que no terminaban de confirmar del todo su existencia, lo que había no era una certeza, sino una insistencia.

Una voz que parecía repetirse en distintos lugares, pero sin fijarse completamente en ninguno, un rastro que obligaba a volver, a comparar, a dudar de lo que se estaba leyendo. Ese proceso no fue lineal ni limpio. Implicó errores, asociaciones equivocadas, momentos en los que parecía que no había nada más que encontrar. Pero también implicó una forma de cercanía que no se puede producir desde la distancia: la necesidad de permanecer en el archivo, de leer una y otra vez, de dejar que los materiales empezaran a hablar entre sí. Más que encontrar a Blanca, lo que ocurrió fue otra cosa, empezar a reconocerla. El hallazgo se vuelve espejo: un reconocimiento mutuo entre quienes escribieron y quienes ahora buscan. "Vosotros sabéis por experiencia que la libertad no se mendiga, sino que se toma, como lo han hecho los que han sabido morir dignamente antes de pasar por la vergüenza y la ignominia de soportar la fría cadena de la esclavitud." (Moncaleano, 1912, p. 1-2).

Ver no concluyó las preguntas, la aparición de la imagen, o del rastro más claro de su existencia, no resolvió las dudas; las multiplicó. Lo que se hizo evidente no fue solo lo que estaba, sino todo lo que faltaba: lo que no quedó registrado, lo que no se pudo reconstruir, lo que sigue escapando. Y, sin embargo, algo cambió, a partir de ese momento, la búsqueda dejó de ser abstracta. Tenía un cuerpo, una voz posible, una presencia que empezaba a hacerse más nítida.

De Blanca aún hay mucho por contar, la colección sigue trabajando y andando sobre sus pasos, rumiando y olfateando cada pisada y cada rastro del aroma de Blanca que dejó en su caminar. Me emociona profundamente pensar en poder conocer en un futuro el trabajo que ahora mismo están haciendo, este proceso de investigación me ha permitido conocer los espacios de encuentro de la colección, las herramientas y procesos de los que echan mano para seguir continuando en el proceso de indagación en el archivo.

En uno de los encuentros que se dieron para el trabajo de archivo en los que pude estar presente, asistió una profesora que adelantó estudios de doctorado en una universidad norteamericana²⁴ -guardándome el derecho de dar los pormenores -, de esta reunión recuerdo que uno de los detalles que más tocó este corazón tal vez un poco pálido, entre muchas otras cosas, fue su socialización del hallazgo de un pequeño pero muy importante archivo que logró recuperar entre algunos escombros y abarrotos de recuerdos que encontró en una antigua casa de los Moncaleano en los Estados Unidos. Esto significó uno de los momentos más sentidos en el proceso de desarrollo de mi trabajo de grado, y desde el que pude continuar con la certeza sobre lo importante que ha sido Blanca para la colección; Comparto con Omar la impresión confiada en una de las entrevistas de que “Blanca nos trastornó la vida” (Comunicación personal, julio 2025).

²⁴ Llegó al equipo de la colección Ramal por azar, rastreándolos por medio de los eventos de presentación y lanzamiento del libro de Blanca

Sumergirse en el archivo es lo que yo quisiera posicionar como una forma de *Acción directa*, si se puede decir, más sensible que la acción directa más callejera. El cuerpo que se inclina sobre los restos del tiempo, la respiración que acompaña al polvo, el pulso que se acelera cuando una voz antigua vuelve a hablar. Esa inmersión tan íntima, tan silenciosa, tan profundamente política que significa una búsqueda constante de luchar por lo que es la historia de Colombia.

En Omar, esa relación con el archivo nunca se separa del hacer. Su paso por espacios como marchas, colectivos, publicaciones, no aparecen como etapas ordenadas, sino como una continuidad de implicación. Leer, escribir, circular materiales, encontrarse con otros: todo forma parte del mismo movimiento. No hay una distancia clara entre pensar y actuar. Lo que se lee transforma lo que se hace, y lo que se hace reconfigura la forma de leer. "Entonces en esa época estuve como activo tanto en marchas... siempre iba como con el bloque anarquista... ya empecé a hablar con algunos... nos veíamos en conciertos... se vendían muchos folleticos... entonces ya empecé más en una lectura práctica activa" (Omar, Comunicación personal, marzo 2026).

El archivo, entonces, no es un lugar neutro ni un depósito de pasados: es un territorio vivo donde la búsqueda se vuelve insumisión. Porque quien busca desafía la linealidad del poder; quien escarba, quien se deja tocar por lo hallado, actúa. No hay distancia entre el pensar y el hacer cuando el pensamiento se enraíza en la memoria viva.

A este respecto podemos devolvernos a Claudia Mosquera Rosero-Labbé, en su reflexión sobre los *pluralismos epistémicos*, cuando habla del saber de acción como el cuerpo, el territorio y el afecto; es en estos anclajes en donde se enciende el trabajo de archivo cuando nos dejamos afectar por lo que tocamos. Rehacerse a sí misma en medio del despojo: eso hace quien busca las huellas borradas, quien camina entre papeles que respiran.

El archivo no es sólo una fuente; es un campo de acción sensible, donde el acto de leer es también una forma de resistir. El archivo, así, es el lugar donde la memoria se hace cuerpo. Allí, el pensamiento no se separa del sentir, ni el acto de conocer del de vivir. Cada hallazgo es una fisura en el orden del olvido, una grieta desde donde vuelve a brotar la verdad; la acción sensible directa no consiste en documentar, sino en encarnar; no en conservar, sino en recuperar lo que parecía perdido...Podemos entender que reconocer esas otras verdades es ya una forma de acción, no sólo porque repara, sino porque desobedece. La acción sensible directa se sostiene en ese gesto, en la decisión de creerle al margen, de escuchar lo que el poder no considera voz.

Blanca de Moncaleano vivió en ese mismo gesto, su acción fue escribir, educar, amar fuera de los moldes; vivir la insumisión como un método. Su archivo disperso, herido, luminoso es la prueba de que la vida también puede ser un documento libertario. Sumergirse en el archivo, entonces, no es investigar: es conspirar con la memoria, es dejar que el pasado hable en tiempo presente y que el acto de leer se vuelva un acto de justicia. El archivo es la acción y la acción es el archivo. Y en esa identidad profunda, en ese temblor es donde el pensamiento toca la herida del tiempo se enciende la verdad como fuego que no se apaga.

En Amadeo, en cambio, el proceso no es continuo, hay interrupciones, momentos donde la vida desplaza la búsqueda. La crianza, por ejemplo, no aparece como un paréntesis menor, sino como una reorganización completa del tiempo.

Y, aun así, el vínculo no desaparece. Permanece en estado latente, reaparece en objetos sueltos, en imágenes, en conversaciones que vuelven a abrir el camino. No hay retorno definitivo, sino una forma distinta de continuidad.

3.2 Entre una cerveza al clima y dos frías

La tercera publicación de la colección Ramal se realizó junto al profesor e investigador Orlando Villanueva, en comunión hacia las nuevas formas de descubrir a Juan Francisco Moncaleano, con el nombre 'Expediente N°8 Juan Francisco Moncaleano: Anarquista indomable'. Este fue el primer libro escrito en colaboración, que marcó un antes y un después para la colección, trayendo fricción y diálogo, retando los esquemas y construyendo un espíritu distinto.

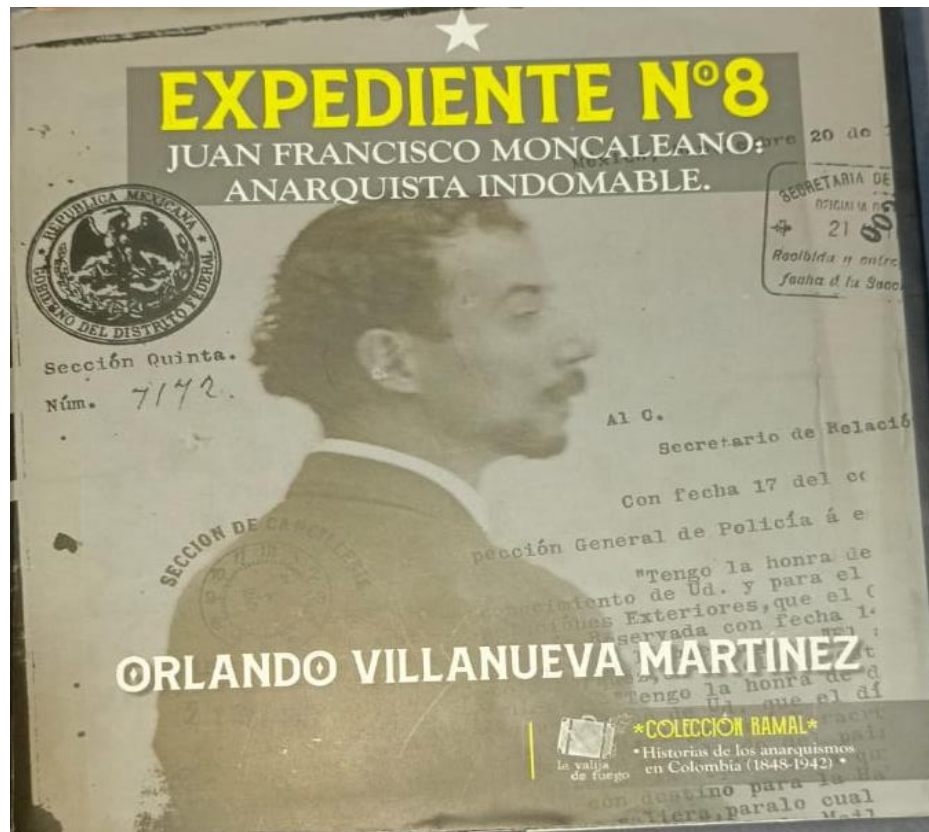


Figura 7. Carátula libro Expediente N°8. Juan Francisco Moncaleano: Anarquista indomable. Fuente: Archivo Colección Ramal- La Valija de Fuego Editorial.

Ahora podemos encontrar la importancia del trabajo de archivo no simplemente buscando entre los escondites de la historia para hallar lo que falta, sino siendo capaces de aprender a mirar aquello que, aun estando, no fue admitido como parte de la historia. Porque la ausencia del anarquismo en Colombia no es vacío, es una operación. Y en ese gesto, más que el olvido, lo que

se reconoce es una forma de exclusión que ha decidido qué entra en la narración y qué permanece como ruido, como margen, como exceso no legible.

En este sentido, las cartografías del pensamiento libertario en América Latina, como las que propone Ángel Cappelletti en *El anarquismo en América Latina* (1990), no evidencian una inexistencia colombiana, sino una dificultad de inscripción. Colombia aparece poco y muy fragmentada, casi tangencial. Pero esa tangencialidad no es un dato inocente, es el resultado de una historiografía que ha privilegiado formas más estables, más visibles, más fácilmente archivables de lo político. Lo que no logra institucionalizarse, lo que no deja huella en los formatos oficiales, tiende a desaparecer de nuestros ojos, incluso cuando existió. “Quienes escriben la historia social, política, cultural, literaria, filosófica, etc., del subcontinente suelen pasar por alto o minimizar la importancia del movimiento anarquista. Hay en ello tanto ignorancia como mala fe.” (Cappelletti, 1990, pp. X-XIII). Por eso, el problema no es que no haya habido anarquismo, sino que no se ha sabido, o no se ha querido, leer sus formas de aparición. Incluso en trabajos como el de Renán Vega donde afirma “La historia de Colombia ha sido escrita desde la perspectiva de las élites, invisibilizando las luchas y experiencias de los sectores subalternos.” (Vega Cantor, 2002) centraliza la historia social y obrera, y el anarquismo no logra ocupar un lugar estructurante. Y no porque no haya estado ahí, sino porque su modo de existencia, disperso, fragmentario, no institucional, desborda categorías con las que se organiza la memoria histórica. Así, lo subalterno aparece, pero no todo lo subalterno logra ser nombrado.

Es esa fisura donde el archivo deja de ser depósito y se vuelve terreno político. Porque el archivo no es simplemente lo que guarda, sino lo que decide qué merece ser guardado. Es una tecnología de selección, una máquina que produce visibilidad y, al mismo tiempo, administra el olvido. En instituciones como el Archivo General de la Nación, lo que se conserva responde a

Hay algo en esa frecuencia que descoloca. No es la voz aislada de un individuo escribiendo en soledad. Es un ritmo, una insistencia, circulación. Es una forma de intervención pública que, aunque breve, fue sostenida con intensidad. Si esos dieciséis números se produjeron en un lapso de cinco a ocho semanas, lo que se tiene no es precariedad, sino condensación, una urgencia de decir, de intervenir, de dejar marca.

Y, sin embargo, esa marca no fue incorporada al relato. La justificación misma del nombre de periódico lo deja claro que,

(...) al aceptar como título de nuestra antigua publicación el vocablo que se ha dado en Colombia a los liberales, asumimos con altísimo honor el nombre de un mártir de la libertad. Va nuestra pluma en servicio de los grandes ideales que, a fuerza de martirios, dejan una huella luminosa en la tapa de la historia de la humanidad (Moncaleano. 1910 p. 21)

Hay aquí una conciencia histórica explícita, una voluntad de inscripción. No escriben para el margen, escriben para la historia. Pero es precisamente la historia la que no los recoge.

Y esto se vuelve aún más evidente cuando se observa el desplazamiento geográfico de Moncaleano. En 1912, en México, se inauguró La Casa del Obrero y la Escuela Racionalista, proyecto organizado por el Grupo Luz, cuyos miembros consistían en su mayor parte en canteros, tipógrafos y otros miembros de la fuerza de trabajo organizada (Villanueva, 2023) No se trata ya de escritura, sino de organización; de pedagogía y comunidad.

Más aún, abrió incluso una pequeña biblioteca, primordialmente de literatura anarquista, la biblioteca de La Casa del Obrero (Villanueva, 2023) Una biblioteca, es decir, un archivo. Un archivo que no debía existir bajo la lógica de la historia oficial colombiana; un archivo producido desde el margen, sostenido por obreros, alimentado por textos que no circulaban en los circuitos legitimados. Un archivo que no solo contenía ideas, sino que las hacía posibles.

Por eso, trabajar con estos materiales no es un acto de fe ingenua en una historia alternativa. Es una insistencia, una fricción, una forma de entender a aquello que, aun habiendo dejado huella, no fue reconocido como parte del archivo legítimo de la nación.

Moncaleano no aparece entonces como una prueba de un movimiento plenamente reconocido, sino como evidencia de una dificultad, la de una historia que no sabe cómo incorporar lo que no se organiza según sus propios criterios. Su archivo no confirma una narrativa, la interrumpe.

3.3. Vientos de libertad

Cuando las ideas se convierten en fuego agitador de conciencias

“Tú, que en la legendaria leyenda heredaste el patrimonio de la madre naturaleza, ¿dónde están tus dominios? ¿dónde está tu grandeza? ¿esa grandeza que aún cantan los poetas, en la glorificación dolorosa de tu eterna esclavitud?”

Periódico El Socialista (1925) P. 1

El libro ‘No necesito ninguna revolución esperándome’, cuarto libro de la *Colección Ramal*, no se presenta como una historia lineal del anarquismo, sino como un mapa de trayectorias errantes. No hay un centro desde el cual se ordenen los hechos; hay desplazamientos, arribos, expulsiones, silencios. El texto reconstruye la presencia de una serie de militantes extranjeros, Nicolás Gutarra desde Perú, Vangelis Priftis desde Grecia, Elías Castellanos y Juan García desde España, Gerano Tironi y Filippo Colombo desde Italia, Gustav Thiele desde Alemania, Héctor Villegas desde Chile, no como “influencias externas” en sentido clásico, sino como vidas

atravesadas por guerras, derrotas, persecuciones y exilios, que encontraron en Colombia un territorio de paso, de arraigo parcial o de confrontación abierta.



Figura 9. Caratula Libro No necesito ninguna revolución esperándome. Anarquistas extranjeros en Colombia. Fuente: Archivo Colección Ramal - La Valija de Fuego Editorial

Muchos de estos militantes llegan empujados por el colapso europeo de la primera mitad del siglo XX. Las guerras mundiales, el ascenso del fascismo, la derrota de los movimientos obreros y anarquistas en Europa, la represión sistemática en países como Italia, Alemania o España, convierten al anarquismo en una práctica nómada. No se migra por elección ideológica, sino por necesidad vital. El anarquismo viaja entonces no como doctrina, sino como experiencia de persecución. Se desplaza con cuerpos que han aprendido a desconfiar del Estado, no por teoría, sino por historia vivida.

Colombia no fue un refugio inocente. El libro deja ver cómo el país, lejos de ser un espacio neutral, desplegó también mecanismos de vigilancia, expulsión y criminalización frente a las ideas anarquistas y frente a quienes las portaban. La figura del extranjero anarquista se volvió sospechosa: agitador, incendiario, enemigo del orden. En archivos policiales, en prensa conservadora, en informes oficiales, aparece el miedo a una política sin patria, a una ética sin obediencia, a una organización sin jerarquía. La persecución no fue solo ideológica: fue administrativa, laboral, cotidiana.

Y, sin embargo, esa misma condición nómada, esa imposibilidad de fijarse del todo; fue una de las potencias más fértiles del anarquismo en Colombia. Porque estas presencias no llegaron a fundar un “anarquismo extranjero”, sino a activar procesos locales. Trajeron consigo prácticas de organización obrera, experiencias de federación horizontal, formas de prensa militante, pedagogías libertarias, pero también algo más difícil de nombrar: una sensibilidad política forjada en la derrota, una ética del cuidado mutuo en contextos hostiles, una desconfianza radical hacia toda promesa estatal.

En el libro se deja entrever cómo estas trayectorias incidieron en la organización de federaciones obreras, en la consolidación de colectividades anarco-sindicalistas, en la circulación de ideas sobre autogestión, apoyo mutuo y acción directa. No como una transferencia mecánica de modelos europeos, sino como un proceso de traducción conflictiva. Las ideas se encontraron con una realidad marcada por el latifundio, por la violencia bipartidista, por la precariedad extrema del trabajo, por la racialización de la pobreza. Allí, el anarquismo no pudo ser puro: tuvo que mezclarse o desaparecer.

Es justamente en esta mezcla donde la memoria larga, pensada desde Silvia Rivera Cusicanqui, se vuelve clave para leer el anarquismo colombiano. Porque lo que estos militantes

extranjeros encontraron no fue un vacío político, sino una tierra atravesada por memorias de despojo, de rebelión indígena, de economías comunitarias destruidas, pero no olvidadas. La memoria larga no aparece como un fondo pasivo, sino como una resistencia subterránea que dialoga, a veces en silencio, a veces en tensión, con las ideas libertarias que llegan de fuera.

Aquí la lectura filosófica de Christian Soazo Ahumada resulta especialmente fecunda. Soazo permite pensar la memoria larga no sólo como pasado persistente, sino como interpelación ética. No se trata de recordar para homenajear, sino de recordar porque el pasado exige una respuesta en el presente. En este sentido, la memoria larga se convierte en un criterio moral: obliga a preguntarse para quién se organiza, desde dónde se lucha, a qué violencias se responde y cuáles se reproducen.

El anarquismo que se va configurando en Colombia, atravesado por estas trayectorias extranjeras y por memorias locales profundas, no se define entonces solo por su oposición al Estado, sino por una ética del perfeccionamiento moral entendida como práctica cotidiana. No como moralismo, ni como ideal de pureza, sino como búsqueda constante de coherencia entre medios y fines. En contextos de guerra permanente, de explotación extrema, de supervivencia forzada, el perfeccionamiento moral se vuelve una tarea frágil, siempre amenazada, pero también profundamente política.

Hoy, esa pregunta reaparece con una urgencia distinta. Las nuevas formas de esclavitud del capitalismo global, la precarización total del trabajo, la destrucción de los territorios, la mercantilización de la vida; se combinan con el colapso ecológico y el calentamiento global para producir una sensación de auto apocalipsis administrado. No es que el mundo vaya a terminar: es que se ha vuelto normal vivir como si ya estuviera terminando. En ese contexto, el perfeccionamiento moral parece extinguirse no por imposibilidad, sino por cansancio.

Ahora la abolición del Estado es latente, el poder sostiene al mundo con dinero y muerte, los estados están desbordados de mares de corrupción y clientelismo, las élites mundiales gobiernan con desesperanza y dolor. Aunque parezca a simple vista que la vida capitalista ha proveído de riquezas a la humanidad, el despojo ha sido su patrocinador, y por ello, aunque sea un modelo libre, lo es solo para quienes acumulan el poder, aunque promulgue la arbitrariedad del poder Estatal, no es emancipador, construye un ética individual basada en el despojo y el hambre, la desigualdad y las herencias sociales; porque el perfeccionamiento de la moral es la base de toda lucha anarquista, un perfeccionamiento que colectiviza y encauza las luchas para la sociedad, que la modernidad y el neoliberalismo engulle y luego devuelve en violencia y post verdad.

Y, sin embargo, el anarquismo, leído desde la memoria larga, insiste en que la moral no es una norma abstracta, sino una capacidad de no acostumbrarse. De no naturalizar la destrucción. De no aceptar que la vida sea sacrificable. Tal vez por eso *No necesito ninguna revolución esperándome* no es una renuncia, sino una afirmación más profunda: no se espera un acontecimiento redentor, porque la tarea ética y política se juega aquí, en las formas mínimas de organización, en los vínculos que se sostienen, en la negativa a colaborar con lo intolerable.

Si la humanidad ha contribuido a la extinción de la vida, también ha contribuido, quizás más silenciosamente, a la extinción del perfeccionamiento moral. Recuperarlo no es volver al pasado, sino escuchar lo que persiste. Esa es, tal vez, la herencia más incómoda y más viva del anarquismo.

Capítulo 4

CUANDO EL RUMOR SE CONVIERTE EN INFORMACIÓN

Mi consejero la conciencia y mi redentor el anarquismo

La post verdad como somnífero de la lucha hacia la emancipación, el trabajo de archivo como apuesta pedagógica.

Si algo ha sido importante durante el recorrido de este trabajo académico, es que no se ha buscado dar un parte sobre la verdad absoluta o sobre lo que debe o no ser. Lo más cercano a la osadía de saber ha sido la historia de Colombia a través de archivos y resquicios en archivos y olores humeantes de las voces de aquellos a los que aún estamos esperando a escuchar. Ahora la búsqueda de la verdad es un camino que no se recorre con los pies sino con la terquedad de las pupilas desgastadas y rojas, ardientes y sin salida. Es claro que aquí no hay aciertos ni decisiones finales para cerrar capítulos que no tienen final. En este apartado quiero tratar acerca de un misterio de la humanidad y la construcción de la conciencia colectiva; sobre lo que no existe y entonces se inventa.

Desde años inmemoriales la humanidad se ha enriquecido de ensoñaciones y cuentos, de mitos y canciones que van en búsqueda de la verdad, de quienes somos, de dónde venimos y cuál es nuestro propósito en esta vida. Por eso nuestra especie ha llegado a contarse a sí misma verdades a medias y mentiras acalladas por el afán de la verdad. Por ello, es importante establecer aquí que no se está en búsqueda de la verdad, sino en el encuentro de aquellas mentiras a medias que han llevado a construir la sociedad -si no latinoamericana- sí colombiana. En un mundo donde la *post verdad* desplaza el peso de los hechos hacia la eficacia emocional del relato, la memoria larga

corre el riesgo de transformarse en disputa no por lo realmente acontecido, sino por la narrativa que mejor convence a medias, tensionando aún más la posibilidad de una ética histórica radical.

Hay épocas en las que la historia parece erosionarse no porque desaparezcan los documentos, sino porque cambian las formas en que los miramos. Los archivos siguen ahí —las páginas, las cartas, los periódicos obreros, los cuadernos de escuelas que ya no existen— pero el relato que los rodea comienza a desplazarse. Lo que antes era una experiencia histórica concreta se convierte en una versión discutible, en una interpretación emocional, en un rumor ideológico que compite con los hechos. A ese desplazamiento lo llamamos hoy *post verdad*, un término Según McIntyre (2018), en la posverdad los hechos objetivos pierden influencia frente a las emociones y creencias personales. Pero si seguimos esa idea con cuidado, descubrimos algo inquietante: la *post verdad* no es solo un problema de desinformación contemporánea. Es también una forma de pedagogía. Enseña qué debe recordarse, qué puede olvidarse y qué historias se consideran legítimas dentro del imaginario de una nación.

En Colombia, ese proceso ha tenido consecuencias profundas. La historia nacional que circula en manuales escolares, discursos oficiales y programas académicos suele estructurarse alrededor de ciertos ejes: la construcción del Estado, las guerras civiles del siglo XIX, el bipartidismo liberal-conservador, la violencia política del siglo XX, la insurgencia y el conflicto armado. Todos estos procesos son reales, sin duda, pero su organización narrativa deja en la penumbra otras corrientes que también formaron parte de la vida intelectual y política del país entre ellas, el anarquismo. Este no desapareció por falta de existencia histórica; desapareció porque el relato dominante no supo —o no quiso— incorporarlo. Así funciona la pedagogía del olvido: no destruye necesariamente los archivos, pero reduce su visibilidad hasta volverlos marginales.

La filósofa Hannah Arendt había advertido algo parecido décadas antes de que el término *post verdad* se popularizara. En su ensayo *Truth and Politics* (1967) señalaba que el problema político más peligroso no es simplemente la mentira, sino la transformación del terreno común donde los hechos pueden ser reconocidos. Cuando ese terreno se vuelve inestable, la sociedad pierde su capacidad de distinguir entre narración e invención. La historia se vuelve maleable. Y entonces el poder no necesita censurar el pasado; basta con reorganizarlo.

Si miramos la enseñanza de la historia en Colombia desde esa perspectiva, se hace evidente una paradoja: mientras se habla constantemente de democracia, ciudadanía y pluralismo, las tradiciones que cuestionaron radicalmente el autoritarismo —especialmente aquellas vinculadas al pensamiento libertario— rara vez aparecen en el horizonte educativo. El anarquismo es presentado, cuando aparece, como una curiosidad ideológica o como una anécdota del movimiento obrero internacional. Lo que queda fuera de la escena es su dimensión cultural, pedagógica y filosófica. Y esa omisión no es menor, porque el anarquismo fue, desde sus inicios, una de las corrientes que más profundamente reflexionó sobre el papel de la educación en la transformación social.

En el siglo XIX, pensadores como Mikhail Bakunin y Peter Kropotkin insistían en que la libertad política sólo podía sostenerse si los individuos desarrollaban una capacidad autónoma de pensamiento. La emancipación no podía depender exclusivamente de reformas institucionales; debía surgir también de una transformación cultural. En ese punto, la educación se convertía en un campo decisivo de disputa. ¿Para qué sirve una escuela? ¿Para reproducir jerarquías o para cuestionarlas? ¿Para transmitir obediencia o para estimular la curiosidad?

Estas preguntas encuentran una de sus expresiones más radicales en la experiencia de Francisco Ferrer Guardia, fundador de la Escuela Moderna de Barcelona. Ferrer imaginó una escuela que rompiera con el modelo disciplinario dominante en Europa a comienzos del siglo XX. La enseñanza debía basarse en el conocimiento científico, la observación directa y la libertad intelectual de los estudiantes. La Escuela Moderna rechazaba tanto el dogmatismo religioso como el autoritarismo estatal; proponía un aprendizaje activo, crítico y profundamente ligado a la experiencia cotidiana.

Se ha hecho ya una demostración que por el momento puede dar excelentes resultados. Podemos destruir todo cuanto en la escuela actual responde a la organización de la violencia, los medios artificiales donde los niños se hallan alejados de la naturaleza y de la vida, la disciplina intelectual y moral de que se sirven para imponerle pensamientos hechos, creencias que depravan y aniquilan las voluntades. Sin temor de engañarnos podemos poner al niño en el medio que le solicita, el medio natural donde se hallará en contacto con todo lo que ama y donde las impresiones vitales reemplazarán a las fastidiosas lecciones de palabras. Si no hiciéramos más que esto, habríamos preparado en gran parte la emancipación del niño. (Ferrer, 1976. P. 87)

El proyecto no se limitaba a las aulas. Ferrer comprendió que la transformación pedagógica requería también una transformación editorial. Por eso creó una imprenta y una red de publicaciones destinadas a producir materiales educativos libres de dogma religioso y de propaganda nacionalista. Los libros se convertían en herramientas de emancipación intelectual. Cada texto buscaba estimular la reflexión, no imponer una doctrina.

La reacción contra este proyecto fue feroz. Tras los acontecimientos de la Semana Trágica de Barcelona, Ferrer fue acusado de conspiración y ejecutado por el Estado español en 1909. Su

muerte generó protestas internacionales, pero también consolidó su figura como símbolo de una educación emancipadora. Paradójicamente, el intento de silenciar su experiencia contribuyó a expandir su propuesta: las ideas de la Escuela Moderna comenzaron a circular por Europa y América Latina, inspirando escuelas racionalistas, bibliotecas obreras y centros de estudio vinculados al movimiento libertario.

De la escuela racionalista, no salen soldados que vayan mañana a asesinar a sus hermanos, por mandato de ningún tirano, porque ellos comprenderán que siendo todos los seres humanos igual en deberes y derechos rechazarán la imposición y explotación del hombre para el hombre. De ella saldrán seres pensadores, hombres respetuosos y no esclavos y obedientes. Saldrán de allí armados de útiles conocimientos que le servirán en todo tiempo y lugar para librar el gran combate de la vida, cobijados no por bandera del trabajo, símbolo de los pabellones nacionales sino por patria universal del trabajador consciente.” (Blanca de Moncaleano. 1913 p. 3)

En América Latina, esas ideas encontraron un terreno fértil en las primeras décadas del siglo XX. En ciudades portuarias, centros industriales y círculos obreros comenzaron a surgir proyectos educativos influenciados por el racionalismo pedagógico. Bibliotecas populares, periódicos sindicales y ateneos obreros funcionaban como espacios de formación colectiva donde la educación se concebía como una práctica social compartida. En Colombia, ese movimiento se conectó con la expansión del sindicalismo revolucionario y con la circulación de la prensa libertaria.

RAVACHOL

Septiembre 18 de 1910

Lo que nos proponemos

PRIMERA CUESTION

(Para el valiente RAVACHOL)

No son los sublimes idealismos de establecer sobre la tierra un orden perfecto y una felicidad completa, ni mucho menos abolir la propiedad particular ni la hereditaria de origen perfecta, esto es, los frutos que el trabajo honrado del hombre le da derecho de conservar y transmitir conforme a su voluntad, pues estos son estos que exigen de un pueblo una amplia ilustración y completa educación, en que se han empeñado los gobiernos de fondo laudable en no hacer extensiva a las masas populares para conservar siempre la supremacía de la fuerza contra la debilidad, con el látigo siempre levantado, pronto siempre a caer sobre las espaldas de los esclavos que, por derecho divino, se consideraban en el deber de castigar cuando pacientemente no se les entrega el fruto del sudor de su frente con gelado sobre los yertos eslabones de la férrea cadena con que la sugestión clerical los mantiene atados a su poder, haciéndolos dueños absolutos de algo más grande que la libertad humana, la conciencia individual; de algo más heroico que la vida de la naturaleza, el pensamiento del ser pensante; de algo que se cieme más allá de los espacios infinitos sobre los fetiches de barro y que hace del hombre el Dios de la tierra, la inteligencia libre y armada del telescopio de la ciencia.

1.º En el orden intelectual, queremos que las ciencias ó las verdades científicas de carácter universal no sean patrimonio de Estado destinado exclusivamente á alimentar cerebros agotados en el ocio y adormecidos en la sensualidad y el fanatismo clerical; queremos que la ciencia, despojada de preocupaciones, irradaie sobre todos como la luz del sol, bajo cuyos rayos todo se labora en la naturaleza, todo se mueve porque todo tiene vida, y todo se fecunda porque nada quiere para sí, y únicamente para el propio la existencia: el monopolio del ser.

2.º Queremos que la base fundamental de la Instrucción Pública sea la ciencia experimental despojada de sofismas filosóficos, de susceptibilidades religiosas, de preocupaciones teológicas y de cálculos políticos y sociales. Debe presentarse al pueblo tal como es: luz universal que cada cual aproveche para el uso que de ella quiera hacerse en el arte, profesión ó industria que se quiera adoptar para ganar con perfección, la vida con los progresos de trabajo y tener derecho de vivir bien y honradamente en una sociedad laboriosa y honrada.

3.º Queremos que la educación ó instrucción pública sea de carácter permanente y obligatoria para todos los habitantes del territorio colombiano, pues, desde el momento en que el hombre se resuelve á vivir en sociedad, tiene obligación de ser educado para saber los deberes que debe cumplir y los derechos que puede exigir de los aso-

ciados; instruido en las ciencias experimentales para que su esfera de acción intelectual se amplíe en relación á los conocimientos del medio social en que está destinado á vivir, y que agni la necesidad que tiene el país que aspira al progreso de que todos sus hijos estén al corriente de los adelantos científicos que se hagan en el extranjero por medio del periodismo.

4.º Queremos que de la Instrucción Pública se amplie, se extienda y profunde de una manera tan práctica como sea posible, consagrando los mayores esfuerzos de la Nación á su desarrollo, sin la intervención de privilegiadas comunidades extranjeras que tienden á desvirtuar en el sentido de favorecer intereses sectarios y antipatrióticos.

5.º Queremos que la Instrucción Pública secundaria quede á cargo de los colegios y escuelas de los particulares, lo mismo que el cultivo y desarrollo de las bellas artes, literatura y filosofía, música, sistemas curativos, ingeniería, mecánica, tecnología, minería, agricultura, química, física, higiene, historia natural, en todos sus ramos; en fin, todas las ciencias prácticas y experimentales, que sirven de base á la producción, al desarrollo de la riqueza pública y al bienestar social.

6.º Queremos, no; es que exigimos, con toda la energía del pecho agoniante, arrebatado por la impetuosa corriente de las aguas, pidiendo socorro en la inmensa soledad; pedimos gritando que se nos oiga ahora que es tiempo de oír, ver y entender, y todo esto lo pedimos con la arrogancia del que pide para todos y no para sí; del que habla en nombre del bien público, del que no se humilla con la frente inclinada, los ojos húmedos y el sombrero en la mano para pedir un destino, la firma de un contrato ó una participación en los festines de tesorería. Clamamos con toda la fuerza de que es capaz el fuello de forja de nuestros atléticos pulmones, lo mismo en el más profundo valle que en la yerta cima del Nevado del Tolima:

La redención moral de la mujer por medio de ocupaciones intelectuales y morales productivas, levantándola á la categoría de estrella de primera magnitud en la constelación del hogar, y poder brillar en todos los campos del saber humano en el territorio colombiano. La natural debilidad y timidez, la armónica belleza del aroma naciente de la flor, la poderosa fuerza de la debilidad que languidece. Preciosísima Estrella del Sur (), cuyo valor no es conocido mas que por el avaro judío, escondido dentro de un cajón de tablas, rodeado de los misterios inherentes de robar el brillo oculto á los ojos del mundo en un nido de barro, que todos arrojan con desprecio porque nadie se ha tomado el trabajo de desprender la costra que lo envuelve para hacer entellear á plena luz del sol sus múltiples faces. Todo está metódicamente calculado para apoderarse de la voluntad y conciencia de la mujer por medio de sugerencias secretas: debilidad, timidez, fuerza de la belleza, candor, inocencia ó ignorancia, etc. etc. Todo se conjura para hacer del ser débil por ignorancia, el instrumento más activo del*

(*). Así se llama el más hermoso diamante de las minas del Brasil.

abuso y de la explotación de una sociedad abandonada de la ciencia.

7.º Socialismo científico debe principiar por la instrucción y educación de la mujer en el terreno práctico de la vida para que llegue á bastarse á sí misma; y, no se olvide:

1.º Que el grado de moralidad alcanzado en una sociedad está en razón directa del trabajo y de su ilustración.

2.º Que este mismo grado de moralidad se encuentra siempre en razón inversa del fanatismo sugestivo.

3.º Que el bienestar del hogar es proporcional, no al grado del fanatismo inconsciente, sino de las virtudes prácticas alcanzadas en el terreno del trabajo y en el amplio campo de los conocimientos humanos.

Las Asambleas ó Cuerpos Legislativos, hechos por los Gobiernos que mafiosamente se han sucedido en el Poder, difrazados con el dorado ropaje de voluntad popular, no han querido, por estúpido egoísmo, por mal calculado espíritu de partido, por contempciones políticas, por respetos humanos, por aberrante espíritu de tradición, por cálculos seductores, por complacencia con los Ministros de las tinieblas, no han podido ó querido ver que toda luz que se haga en la Nación sobre ellos se refleja; que de la prosperidad individual depende la riqueza pública, que hacer el bien de la Nación es hacerlo á sí mismos, y obstando por la inversa se han dicho:

Extinguamos toda luz para que podamos brillar en las tinieblas; el brillo de las tinieblas!! De la desgracia de todos depende nuestra felicidad; yo soy la riqueza pública y sobre mí ninguna otra riqueza se levantará; de la ignorancia de todos depende mi sabiduría; yo flagelaré las espaldas de la Nación y mientras yo esté en el Poder no permitiré que exhale un grito de dolor. La Sociedad se pierde por falta de dignidad y de pudor. Salvemos á la mujer.

NAT

(Continuará)

Nuestro grabado El árbol del cristianismo

De la herida del Cristo mana no sangre, sino un chorro continuo de monedas de oro, que el fraile atento recoge en su gracioso bonete; resultado de su farza monstruosa, por un arte mágico el fraile convierte la sangre del mártir en oro vil.

A tenerse clerigalla

RAVACHOL recibe toda clase de denuncias que los ciudadanos quieran hacer contra los frailes. Siendo aquéllos comprobados, se publicarán.

Mucho agradecemos

á nuestro colega «Venus» de Barranquilla las galantes frases con que nos favorece al reproducir uno de nuestros artículos socialistas, publicado en el número 5 de este periódico.

Reciba el hermano colega nuestra voz de aplauso por el interés que manifiesta en pró de las grandes y redentoras ideas socialistas.

Figura 10. Periódico El Ravachol N°13 1910. Propósitos Educativos Fuente: Hemeroteca Biblioteca Luis Ángel Arango. Bogotá

La historiografía reciente ha comenzado a recuperar algunos nombres que durante mucho tiempo permanecieron en los márgenes. Entre ellos aparecen figuras como Ignacio Torres Giraldo,²⁵ Raúl Eduardo Mahecha y otros militantes que participaron en la organización de sindicatos, huelgas y proyectos educativos vinculados al mundo obrero. En periódicos y centros de estudio se discutían textos de Kropotkin, Bakunin o Errico Malatesta, pero también se debatían cuestiones prácticas: alfabetización, organización comunitaria, formación política.

Es importante entender que estos espacios no funcionaban como universidades paralelas ni como academias ideológicas cerradas. Eran laboratorios culturales donde la educación se experimentaba de forma colectiva. La lectura era un acto social. El conocimiento circulaba entre obreros, tipógrafos, estudiantes, periodistas y autodidactas. La educación libertaria no era solamente un método pedagógico; era una forma de vida intelectual.

Sin embargo, esa experiencia quedó progresivamente eclipsada por el relato dominante de la historia nacional. La narrativa liberal-conservadora que organizó la historiografía colombiana durante buena parte del siglo XX tendía a interpretar la política como una disputa entre partidos tradicionales o como un proceso de modernización institucional. Las corrientes radicales, libertarias o sindicalistas aparecían como episodios marginales. Con el tiempo, el anarquismo terminó asociado a la idea de desorden o de utopía irrealizable.

Aquí es donde la noción de *post verdad* adquiere una dimensión particularmente reveladora. Porque el problema no es solo que ciertos hechos hayan sido omitidos, sino que el

²⁵ Ignacio Torres Giraldo no fue un pensador Anarquista, pero si podemos considerarlo un revolucionario y el ser uno de los fundadores del partido comunista, no le impidió compartir experiencias con Raúl Eduardo Mahecha. Conocido activista y pensador anarquista.

marco interpretativo desde el cual se enseña la historia produce una lectura ideológicamente sesgada del pasado. El autoritarismo aparece como una condición inevitable del orden social; las tradiciones que lo cuestionaron radicalmente se vuelven anecdóticas. La pedagogía del olvido opera entonces a través de una selección silenciosa de memorias.

Frente a ese escenario, el trabajo de archivo y de recuperación documental se convierten en formas de resistencia historiográfica. Cada documento recuperado interrumpe la narrativa dominante. Cada periódico re-editado abre una fisura en el relato lineal del pasado. El archivo, lejos de ser un depósito inerte, se convierte en un espacio de disputa política.

Es en ese horizonte donde adquiere sentido el trabajo desarrollado por proyectos como la *Colección Ramal*. Más que una serie editorial, Ramal funciona como un ejercicio de reconstrucción histórica y pedagógica. Sus libros no solo recuperan textos olvidados del pensamiento libertario colombiano; también ofrecen herramientas para reinterpretar la historia social del país desde una perspectiva más plural.

El gesto editorial es importante. Cada libro implica un proceso de búsqueda, selección, contextualización y traducción histórica. Los textos no aparecen aislados; se presentan acompañados de estudios introductorios, notas y referencias que permiten comprender su contexto político e intelectual. De esta manera, la colección no solo rescata documentos; crea condiciones para que puedan ser leídos nuevamente.

En términos pedagógicos, esto tiene un efecto significativo. Los libros dejan de ser simples objetos historiográficos para convertirse en dispositivos de aprendizaje. Funcionan como puertas de entrada a una tradición intelectual que durante décadas permaneció dispersa en archivos, hemerotecas y colecciones privadas. La recuperación editorial reorganiza ese material y lo vuelve accesible para nuevas generaciones de lectores.

Pero la dimensión pedagógica de la colección no se limita al contenido histórico. También se encuentra en la forma en que los libros están pensados: como herramientas de circulación del conocimiento. En este sentido, la colección prolonga —aunque en un contexto distinto— la intuición que animaba los proyectos editoriales libertarios de comienzos del siglo XX. Así como Ferrer comprendió que una nueva educación necesitaba nuevos libros, Ramal entiende que una nueva lectura de la historia necesita nuevas formas de edición.

La recuperación de la memoria anarquista no busca reemplazar una narrativa dominante por otra igualmente cerrada. Su objetivo es algo más ambicioso: pluralizar la historia. Cuando la historia se pluraliza, deja de ser propiedad exclusiva de los relatos oficiales. Se convierte en un espacio de conversación entre múltiples experiencias.

Este punto es crucial. Durante mucho tiempo, la historia del anarquismo en Colombia ha permanecido confinada a círculos militantes o académicos muy específicos. Esa situación produce un doble efecto: por un lado, preserva la memoria dentro de una comunidad reducida; por otro, limita su impacto en la cultura histórica más amplia. El desafío consiste en romper ese aislamiento.

Pluralizar la historia implica permitir que estas experiencias dialoguen con otras tradiciones: las historias del movimiento obrero, del feminismo, de las luchas campesinas, de las resistencias indígenas, de las pedagogías críticas latinoamericanas. Cuando esas memorias comienzan a entrelazarse, el pasado nacional deja de ser un relato uniforme y se convierte en un tejido complejo de experiencias.

La pedagogía del olvido que caracteriza a la *post verdad* funciona simplificando la historia. Reduce su complejidad hasta volverla manejable dentro de una narrativa ideológica. Frente a ese proceso, el archivo propone una operación inversa: multiplicar las voces, ampliar los contextos, abrir nuevas preguntas. En ese gesto reside su potencia política. Porque recuperar la memoria no

significa únicamente mirar hacia atrás. Significa también transformar la forma en que imaginamos el futuro. Cuando las experiencias libertarias, obreras o pedagógicas vuelven a entrar en la conversación histórica, la sociedad descubre que su pasado fue más diverso de lo que creía. Y si el pasado fue diverso, el futuro también puede serlo.

Tal vez esa sea la lección más profunda que emerge de la intersección entre *post verdad*, pedagogía y archivo. La historia nunca está completamente cerrada. Cada generación tiene la posibilidad, y quizás la responsabilidad, de volver a leerla, de cuestionarla, de ampliarla.

Es en ese cruce de trayectorias distintas, a veces incluso contradictorias son donde empieza a hacerse necesaria una forma común, no como síntesis, sino como punto de encuentro.

La colección aparece ahí: no como origen, sino como consecuencia.

“Es un reto de no quedarnos pequeños ante todo el universo que se nos ha revelado... el material que ha ido surgiendo... aparece y aparece...”

(Omar. Comunicación personal. marzo 2026)

En ese proceso, proyectos editoriales como la *Colección Ramal* no solo recuperan documentos olvidados, recuperan algo más frágil y más importante: la posibilidad de que la historia vuelva a ser una conversación común, abierta y plural. Una conversación donde las voces que alguna vez fueron silenciadas puedan, finalmente, volver a hablar.

Esto importa porque, si asumimos como ya lo he venido trabajando que la *post verdad* no es la negación de los hechos sino la organización afectiva y repetitiva de los creíble, entonces la historia de Colombia no puede seguir leyéndose como un simple registro incompleto. Es otra cosa,

un sistema que ha aprendido a hacer verosímil sólo aquello que logra sostener cierta coherencia narrativa, cierta estabilidad, cierta forma reconocible de lo político.

En ese sistema, lo que no se ajusta no se debate, no alcanza a constituirse como objeto de discusión. Por eso el problema de figuras como las que la colección recupera y aviva no es que hayan sido olvidadas, sino que no lograron volverse legibles dentro de ese régimen de credibilidad. Su escritura, su práctica editorial y sus formas de organización, operan en una frecuencia distinta, demasiado intermitentes para ser tradición, demasiado concretas para ser mito, demasiado políticas para ser absorbidas como anécdota.

Y ahí es donde la pedagogía del archivo introduce algo que la historia, tal como ha sido narrada, no sabe hacer; esto es, enseñar a leer lo que no encaja sin forzarlo a encajar. No se trata de ampliar el repertorio de ejemplos ni de completar un vacío, sino de modificar el modo en que se produce la inteligibilidad. Si la *post verdad* funciona porque ciertas narrativas se vuelven familiares, repetibles, emocionalmente reconocibles, entonces; el archivo trabajado pedagógicamente, interrumpe ese circuito al exponer materiales que no responden a esa familiaridad.

No porque sean más verdaderos, sino porque desestabilizan el criterio con el que algo se vuelve creíble. En ese sentido, el archivo no opera como corrección, sino como desplazamiento. No viene a sustituir una versión por otra, sino a introducir una fricción en el modo mismo de leer. Obliga a sostener documentos, fragmentos, escrituras que no terminan de integrarse en una narrativa continua, y en ese gesto entrena una forma de atención, menos orientada a la confirmación, más abierta a la disonancia.

Ahí es donde su dimensión política se vuelve concreta. Porque si la historia ha funcionado como una *post verdad* en la medida en que estabiliza lo reconocible, entonces intervenir no pasa

por disputar únicamente el contenido, sino por alterar las condiciones de reconocimiento. La pedagogía del archivo no enseña otra historia, o compite con ella, enseña a no cerrar la historia demasiado rápido.

Y eso tiene una consecuencia directa: lo que antes no podía ser visto, no por falta de existencia, sino por falta de forma, empieza a adquirir presencia, aunque sea inestable, aunque no termine de fijarse. No como nuevo consenso, sino como persistencia incómoda.

Trabajar con estos personajes históricos de nuestro país no es incorporar una narrativa de exclusión sino evitar que esa narrativa vuelva a absorberlo bajo sus propios términos. Mantenerlo en ese punto donde todavía no es completamente traducible, donde sigue desajustando lo que creemos saber sobre cómo se constituye lo político en Colombia.

Porque quizá el gesto más radical no sea corregir la historia, sino interrumpir su tendencia a volverse demasiado coherente.

Capítulo 5

APRENDER A DESOBEDECER

Al escribir estas reflexiones finales entendí en algún punto que no solo estaba frente a un arduo trabajo de archivo, sino frente a -tal cuál- una colección, y ¿Por qué destaco esa diferencia? Aunque pueda parecer mínima, cambia por completo su lectura y la manera cómo nos aproximamos a ella. Porque una colección no es solo una acumulación, sino una toma de posición y de decisión sobre la historia y las formas de contarla y vivirla. Cuando se decide qué se pone en tensión, qué en relación o qué se ofrece a la imaginación, se está haciendo ya, en sí misma, una intervención histórica.

Allí pude lograr reconocer que la colección no era un conjunto de documentos al azar, sino una forma de disputar límites de lo que puede ser reconocido como historia en Colombia, sobre qué es válido y qué no. Si algo he podido leer a lo largo de este proceso, es que la historia nacional no opera únicamente como memoria, sino como selección activa. No solo recuerda, también organiza, jerarquiza y repite. Y en ese ejercicio, produce una versión verosímil de lo ocurrido que no necesariamente coincide con la totalidad de los hechos, sino con aquello que logra sostenerse como creíble, como coherente, como narrable.

En ese sentido, lo que llamamos historia se acerca peligrosamente a una forma de *post verdad*, no porque invente, sino porque administra lo visible. Pero incluso eso no agota el problema. Porque antes de que algo pueda ser creído, tiene que poder ser dicho. Y no todo puede ser dicho en cualquier momento. Existe un umbral de lo pensable, un margen dentro del cual las ideas logran circular sin ser descartadas de inmediato. La teoría de la ventana de Overton nombra

justamente ese espacio: el rango de lo aceptable, de lo discutible, de lo que puede aspirar a convertirse en sentido común.

Lo que queda por fuera no entra en disputa. No se refuta. No se integra. Simplemente no aparece. Desde ahí, la figura de la colección deja de ser una anomalía histórica y se vuelve un síntoma. No de ausencia, sino de desajuste. Sus escritos, su participación dentro de la academia y de la opinión popular, la intensidad de su intervención, no son revolucionarios por falta de existencia, sino porque no se pierden al traducirse a los lenguajes que la historia ha aprendido a reconocer como legítimos.

Una colección que no sólo reúne, sino que enseña. Y aquí es donde su potencia pedagógica deja de ser un atributo secundario para convertirse en su gesto central. Porque no se limita a poner documentos a disposición: produce condiciones para que esos documentos puedan ser leídos de otra manera. No transmite información; transforma la relación con el conocimiento.

La colección funciona, en ese sentido, como un dispositivo pedagógico que desplaza hábitos profundamente arraigados: la búsqueda de continuidad, la necesidad de cierre, la confianza en la coherencia como criterio de verdad. Nos obliga a sostener fragmentos sin resolverlos, a habitar contradicciones, a reconocer que hay formas de pensamiento que no se dejan traducir fácilmente a las categorías heredadas.

Y ese aprendizaje no es menor. Porque siendo que la historia de Colombia ha operado como una forma de *post verdad* en tanto ha estabilizado ciertas versiones mediante repetición y legitimación, entonces la tarea no puede limitarse a agregar nuevos contenidos. Tiene que pasar por reeducar la mirada. Por desmontar los automatismos con los que leemos el pasado. Por abrir la posibilidad de que aquello que no encajaba empiece, al menos, a ser percibido.

Ahí es donde la colección actúa con mayor radicalidad. No corrige la historia, pero interviene en el modo en que la hacemos inteligible. No sustituye una narrativa por otra, sino que modifica el criterio mismo con el que algo puede ser reconocido como parte de lo histórico. Y al hacerlo, desplaza también los límites de lo pensable.

Si la ventana de Overton delimita aquello que puede ser discutido en un momento dado, esta colección trabaja precisamente en ese borde: empuja materiales que estaban fuera del campo de lo decible hacia una zona donde empiezan a incomodar, a insistir, a reclamar atención. No los normaliza, pero tampoco permite que sigan siendo ignorados.

Esa es su potencia pedagógica más profunda: no enseñar qué pensar, sino expandir el espacio desde el cual es posible pensar. Y ahí es donde este trabajo encuentra su sentido. No en cerrar una interpretación, sino en acompañar ese desplazamiento. En reconocer que lo que está en juego no es solo la inclusión de nuevas figuras o nuevas voces, sino la transformación de las condiciones mismas bajo las cuales algo puede ser reconocido como significativo.

Porque quizá el gesto más importante no sea recuperar lo que fue excluido, sino aprender a no excluir de la misma manera. Esa es, al menos, la expectativa que sostengo. Que esta colección no solo amplíe el repertorio de lo que sabemos, sino que altere la forma en que sabemos. Que no se limite a mostrar que “esto también existió”, sino que nos entrene para detectar todo aquello que sigue existiendo sin haber sido reconocido. Y que, en ese proceso, algo se desplace. Aunque sea mínimamente. Aunque no alcance todavía a estabilizarse. Pero lo suficiente como para que lo impensable empiece, lentamente, a volverse decible.

Si algo se hace evidente al recorrer sus voces no es tanto un proyecto definido, sino una forma de insistencia. La colección no aparece en ellos como una meta clara ni como un programa cerrado, sino como una práctica que los ha ido excediendo progresivamente. Hay en sus relatos

una dificultad constante para fijar límites: cuándo empezó realmente, hacia dónde va, en qué momento podría considerarse completa. Esa imposibilidad no es un vacío, sino más bien una condición de su existencia. Como lo señala Marco, la colección ha mutado hasta volverse algo difícil de anticipar: “ha variado tanto en su morfología... que es muy difícil hoy en día pensar un desarrollo estratégico o finito sobre la misma”.

En ese sentido, más que ambiciones declaradas, lo que se reconoce es una serie de pulsiones que sostienen el trabajo. En Amadeo aparece con claridad la idea de duración: la colección como algo que no está pensada para resolverse en el presente, sino para desplegarse en el tiempo, incluso más allá de quienes la producen. No hay aquí una expectativa de cierre, sino de continuidad: “creo que estamos escribiéndole al futuro... la fuerza de este proyecto se va a ver en unos 15, 20 años”. La proyección no se formula como planificación estratégica, sino como una intuición de largo alcance, donde el valor del trabajo no depende de su reconocimiento inmediato.

Sin embargo, esa confianza en el futuro convive con una conciencia mucho más concreta del presente. En Omar, la colección se formula como un reto permanente: no quedarse por debajo de lo que el propio archivo va revelando. Aquí aparece una tensión importante. Por un lado, el reconocimiento de que el material encontrado desborda cualquier expectativa inicial; por otro, la responsabilidad de no reducirlo: “uno siempre parte como de la idea de que no hay nada, pero en la medida en que indagamos, aparecen y aparecen... entonces es el reto de cómo podemos darle un curso para que todo eso pueda decirse”. La expectativa no es solo producir más, sino sostener una exigencia frente a lo que emerge.

Pero ese compromiso no se traduce en una estructura fija. En Marco, la colección se nombra abiertamente como algo que no puede ser planificado del todo. No hay una línea de desarrollo clara, ni una hoja de ruta definida. Cada hallazgo introduce desvíos que reconfiguran el

camino: “empezó como un libro, ya nos pensamos como diez... no sabemos si vamos a sacarlos todos”. Lejos de ser un problema, esa inestabilidad es asumida como parte constitutiva del proyecto. La colección no se organiza desde un centro, sino desde múltiples entradas, desde bifurcaciones que no necesariamente vuelven a encontrarse.

Ahora bien, esta apertura constante no está exenta de riesgos. Aunque ellos mismos insisten en que no buscan imponer una narrativa única, en la práctica la colección va produciendo una cierta forma de coherencia. No una coherencia lineal, pero sí un modo de leer, de seleccionar, de vincular materiales. Lo que comienza como una resistencia a la historia oficial puede, progresivamente, constituirse en otro régimen de visibilidad. De hecho, el propio Marco lo formula en términos reveladores: “cuando el rumor se convierte en información”, señalando un tránsito que no es neutro, sino profundamente transformador.

Ahí es donde sus expectativas se vuelven más complejas. Por un lado, hay un deseo explícito de dejar un acervo, de construir una base que otros puedan usar, interpretar, incluso cuestionar. Esta idea, especialmente presente en Amadeo, supone una renuncia parcial a la autoría total: “pretendemos poner un acervo en primera voz... para que otros investigadores puedan llegar ahí y decir lo que quieran”. Pero al mismo tiempo, ese gesto no es neutral. Seleccionar qué se conserva, cómo se edita, en qué momento se publica, implica ya una intervención sobre lo que podrá ser dicho posteriormente.

En Omar, esta dimensión aparece ligada a una inquietud más filosófica: la pregunta por la verdad. No en el sentido de alcanzar una versión definitiva de los hechos, sino en el reconocimiento de su carácter construido: “surgió la pregunta por la verdad... una pregunta compleja porque detrás de eso se pueden esconder muchas falacias”. La colección no elimina esa mediación; más bien la

hace visible. Al trabajar con fuentes que no han pasado por los filtros habituales, se produce un desplazamiento: no se garantiza la verdad, pero se amplían las condiciones para interrogarla.

En Marco, en cambio, la expectativa se sitúa más cerca de la experiencia. La colección como espacio de descubrimiento, de sorpresa constante, de contacto con aquello que no estaba previsto. Aquí el énfasis no está tanto en el resultado como en el proceso: “esa sensación de asombro... es lo que nos permite todos los días seguir hablando, conspirando, articulando esta colección”. Esta dimensión, lejos de ser anecdótica, es clave para entender la persistencia del proyecto. No se trata solo de producir conocimiento, sino de sostener una relación vital con aquello que se investiga.

Sin embargo, hay un punto en el que estas tres posiciones convergen: la conciencia de estar trabajando sobre algo que ha sido sistemáticamente relegado. No necesariamente inexistente, pero sí desplazado. Como lo formula Omar, hay una afinidad clara por “eso que por alguna circunstancia ha permanecido oculto”, por voces que no pasaron a “lo grande de la historia”. La colección, en ese sentido, no busca simplemente incluir esos materiales, sino alterar las condiciones bajo las cuales pueden ser leídos.

Esto conecta directamente con lo planteado anteriormente: no es solo una cuestión de contenido, sino de forma de lectura. La expectativa no se agota en ampliar el repertorio, sino en modificar la relación con ese repertorio. En obligar a quien se acerca a los libros a enfrentarse con fragmentos que no encajan del todo, con trayectorias que interrumpen las narrativas más estabilizadas.

Pero incluso aquí es necesario introducir una cautela. La idea de que la colección “abre” el campo de lo pensable puede volverse rápidamente una afirmación complaciente. Porque toda apertura implica también nuevas delimitaciones. En la medida en que estos materiales comienzan

a circular, también empiezan a integrarse en ciertos marcos de interpretación. Lo que hoy aparece como marginal puede, con el tiempo, estabilizarse.

Tal vez la respuesta no esté en evitar ese proceso, sino en reconocerlo como parte inevitable de cualquier intervención sobre la historia. Si algo deja ver la colección es precisamente eso: que no hay un afuera absoluto de los sistemas de validación. Lo que sí puede hacerse —y aquí radica una de sus apuestas más interesantes— es intervenir en sus bordes. Como sugiere Marco, se trata de moverse “por donde dé la gana”, incluso si eso implica trayectorias oblicuas, fragmentarias o inestables.

La Colección Ramal puede leerse no solo como un proyecto editorial o de recuperación histórica, sino como una práctica de intervención sobre el archivo mismo: una forma de disputar qué se conserva, cómo se narra y desde dónde se produce la memoria. En ese sentido, este trabajo hablando de la articulación entre archivo, educación comunitaria y la historia del país no es externo a la colección, sino que puede funcionar como un punto de fortalecimiento crítico de su propio proyecto.

En primer lugar, este enfoque aporta una lectura pedagógica más estructurada de la colección. Es decir, permite comprender que los materiales reunidos no solo tienen valor histórico o documental, sino también un potencial formativo. La Colección Ramal puede ser pensada como un dispositivo de educación no formal, donde los textos, biografías y reconstrucciones históricas operan como herramientas para procesos de autoformación política, discusión colectiva y circulación de saberes en espacios comunitarios. Esto abre la posibilidad de fortalecer sus usos en contextos educativos más amplios, más allá de la circulación militante o editorial.

En segundo lugar, este tipo de reflexión aporta una dimensión territorial más explícita. La colección no solo reúne historias del anarquismo en Colombia, sino que condensa experiencias

situadas en ciudades, barrios, organizaciones y procesos concretos. Trabajar esta dimensión permite leer la colección como un mapa de prácticas políticas distribuidas territorialmente, lo que ayuda a comprender cómo las luchas, los saberes y las formas organizativas se inscriben en geografías específicas. Esto puede ser clave para procesos de trabajo comunitario que buscan anclar la memoria en espacios concretos de acción.

En tercer lugar, se amplía el alcance de la colección hacia una lectura no institucional de la dignidad y la memoria. En lugar de limitarse a la narrativa clásica de la verdad como marco jurídico, se abre la posibilidad de entender las dinámicas políticas como prácticas cotidianas construidas desde la organización colectiva, la educación popular y la resistencia. En este sentido, la Colección Ramal no solo preserva historias políticas, sino que también visibiliza formas de vida y de lucha que producen otras nociones de justicia, autonomía y cuidado comunitario.

Finalmente, considero que se trabaja una reflexividad sobre el propio archivo. Es decir, permite que la Colección Ramal no se piense únicamente como un repositorio de memorias ya fijadas, sino como un proyecto en constante construcción, donde cada nueva lectura, cada investigación y cada apropiación comunitaria reconfigura el sentido del archivo mismo. Esto la convierte en un espacio vivo, abierto a la disputa, la reinterpretación y la actualización permanente desde los territorios y las prácticas sociales que la alimentan. En ese sentido, las expectativas de Amadeo, Omar y Marco no se articulan como un horizonte común perfectamente definido, sino como una serie de vectores que, al cruzarse, mantienen el proyecto en tensión. Entre la duración y la inmediatez, entre el rigor y la espontaneidad, entre la apertura y la inevitable producción de nuevos límites.

Es justamente en esa tensión donde la colección encuentra su forma más productiva. No como un modelo a seguir, ni como una solución al problema de la historia, sino como un espacio

donde ese problema se hace visible, se intensifica y se desplaza. Y quizá ahí radique su mayor potencia: no en lo que resuelve, sino en lo que insiste en dejar abierto.

Bibliografía

Cáceres Sánchez, S. (2011). *Estrella fugaz: el caso de la Liga de Inquilinos de Barranquilla en 1923* [Trabajo de grado, Universidad de los Andes].

Cappelletti, A. (1990). *El anarquismo en América Latina*. Caracas, Biblioteca Ayacucho.

Centro Nacional de Memoria Histórica. (2013). "¡Basta ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad", En: <https://www.bibliotecadigitaldebogota.gov.co/resources/2079037/>

Centro de Investigación Libertaria y Educación Popular - CILEP (2011). *Pasado y presente del Anarquismo y del Anarcosindicalismo en Colombia*. Terramar ediciones - Libro de Anarres. Buenos Aires.

Clavijo, A, Sosa M, Ardila, O. (2022) *Amante de la Vida y destructor de todo*. La valija de Fuego. Bogotá.

Clavijo, A, Sosa M, Ardila, O. (2022) *Blanca de Moncaleano y el triunfo de la Anarquía*. La valija de Fuego. Bogotá.

Clavijo, A, Sosa M, Ardila, O. (2023) *Expediente N°8 Juan Francisco Moncaleano: Anarquista Indomable*. La valija de Fuego. Bogotá.

Clavijo, A, Sosa M, Ardila, O. (2024) *No necesito ninguna revolución esperándome: Anarquistas Extranjeros en Colombia*

Clavijo Ramírez, A. *La roja pluma de Blanca*. En: Clavijo, A, Sosa M, Ardila, O. (2022) *Blanca de Moncaleano y el triunfo de la Anarquía*. La valija de Fuego. Bogotá.

Cortés, Rodas, F. (2024). *La desfinanciación de las universidades públicas en el límite*. La Silla Vacía. Mayo 30. N° ¿?

Fajardo Sánchez, L. A. (2000). *Una historia del anarquismo en Colombia: crónicas de utopía*. Madrid: Madre Tierra.

Ferrer, Guardia, F. (1976) *La Escuela Moderna*. España. Ediciones Júcar

Gamboa Martínez, J. C., & Clavijo Ramírez, A. (1988). *Participación del anarquismo y del anarcosindicalismo en las organizaciones y luchas obreras en Colombia durante la década de los veinte* [Trabajo de grado, Universidad Pedagógica Nacional].

Granados, Sanabria, J. D. (2024) *Anarquistas sobre el Río Magdalena. Anarcosindicalismo y cuestionamiento al orden, 1923-1927*. Bogotá. Editorial Universidad del Rosario

Guerrero, P. G. (1907). Púgil. En *Revolución* (N.º 2). En:

<https://es.anarchistlibraries.net/library/praxedis-guerrero-articulos-de-combate>

Gómez Muller, A. (1980). *Anarquismo y anarcosindicalismo en América Latina*. Madrid: Ruedo Ibérico.

Jaramillo, Uribe, J. (1965). Mestizaje y diferenciación social en el Nuevo Reino de Granada en la segunda mitad del siglo XVIII. En: *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, (3), 21–67.

Mariño J. (2021). *Fibras En Rojo y Negro, historia del anarquismo en Colombia (1910-2019)* Editorial Vía Libre. Bogotá, Colombia.

McIntyre, L. (2018). (L. Álvarez Canga, Trad.). *Posverdad* Madrid: Ediciones Cátedra.

Mosquera, Rosero, C. (2009). *Pluralismos epistemológicos: hacia la valorización teórica de los saberes de acción. Una reflexión desde la intervención social a la población afrocolombiana desplazada*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Quijano, A. (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En: Lander (Ed.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (pp. 193–238). CLACSO.

Rivera, Cusicanqui, S. (1984). *Oprimidos pero no vencidos: luchas del campesinado aymara y qhechwa, 1900–1980*. La Paz: Ediciones HISBOL.

Sánchez Platero, D. (2015). *Anarquistas, mercachifles y viajeros: el caso de Filipo Colombo y Juan García* [Trabajo de grado, Universidad de los Andes].

Segura Güiza, S. E. (2018). *Organización juvenil y experiencias libertarias en Bogotá* [Tesis de maestría, Universidad Pedagógica Nacional].

Soazo Ahumada C. (2017) Memoria y analéctica en la modernidad/colonialidad boliviana. Reflexiones en torno a la obra de Silvia Rivera Cusicanqui según el marco categorial de Enrique Dussel. En: Religación. Revista de ciencias sociales y humanidades Vol II. Quito.

Villanueva, Martínez. O. (2018). Biófilo Panclasta. El apóstol anarquista. Bogotá, El Búho.

Tabla de figuras	Pág
Figura 1. Carátula Periódico Biófilos N° 1.	24
Figura 2. Figura 2. Caratula Libro Una historia del anarquismo en Colombia: Crónicas de utopía	46
Figura 3. Figura 3. Carátula Periódico universitario. El Eco N° 5 1992.....	48
Figura 4. Panfleto. Encuentro de Nacional de Estudiantes 500 años.....	50
Figura 5. Carátula Libro Amante de la vida destructor de todo.....	59
Figura 6. Caratula Libro Blanca Moncaleano y el triunfo de la anarquía.....	64
Figura 7. Carátula libro Expediente N°8. Juan Francisco Moncaleano: Anarquista indomable....	73
Figura 8. Carátula Periódico El Ravachol 1910 N°13.....	75
Figura 9. Caratula Libro No necesito ninguna revolución esperándome. Anarquistas extranjeros en Colombia.....	78
Figura 10. Periódico El Ravachol N°13 1910.....	87